

56

IDAD AU

CCIÓN GE



SANCHEZ

HERNANDEZ

VARIOS



BX-175

S2

V. 11

C. 1

AL

135789

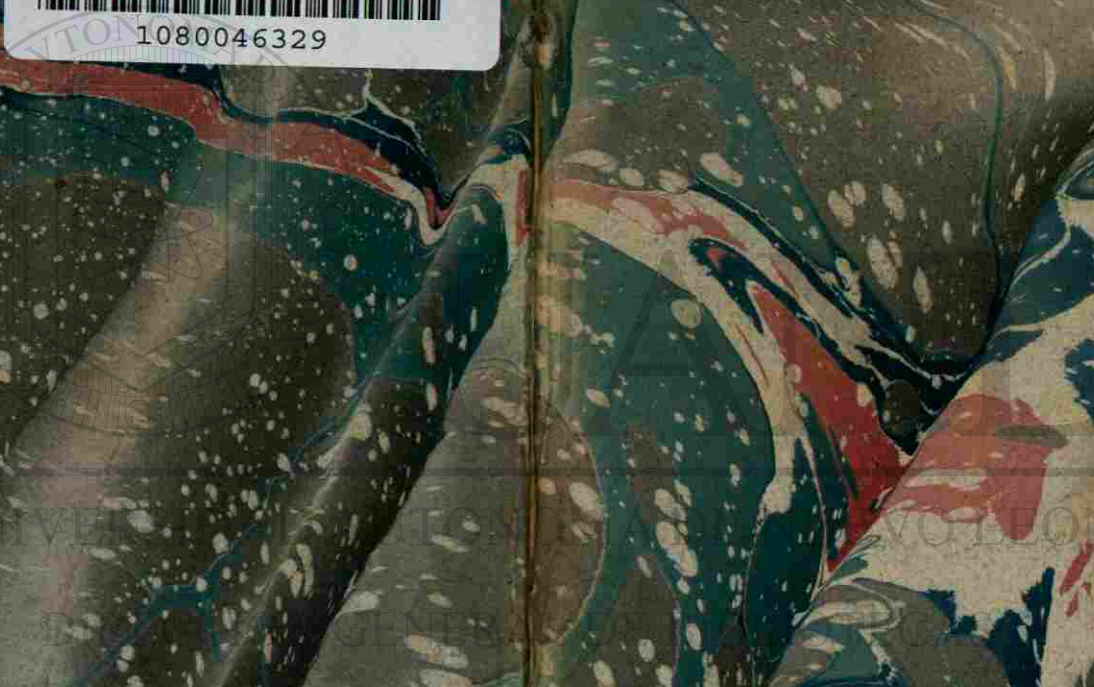
25



José Angel Benavides.



1080046329



E#2-6#43



SEPTENARIO
DE DOLORES.

UANE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

52

SEPTENARIO
DE LOS DOLORES
DE MARÍA SANTÍSIMA.

SU AUTOR

*El M. Fr. Sebastian Sanchez Sobrino,
lector jubilado de número, calificador
del santo Oficio, escritor público &c.
morador del convento de S. Antonio
Abad de Granada.*

TOMO XI.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE N  LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
MADRID: 1818.
Por la Viuda de Barco Lopez.

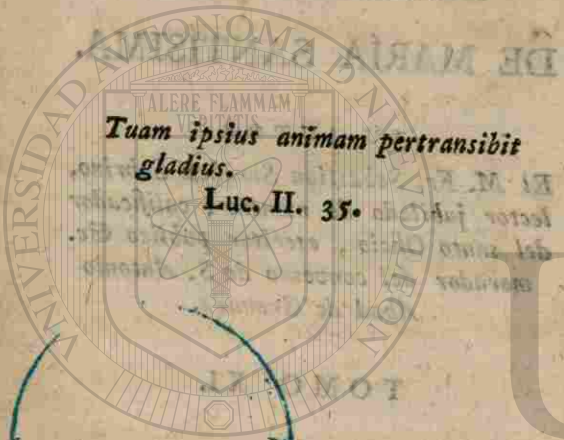
Con las licencias necesarias.

38196

B X 1756

V. DE LA BIBLIOTECA

DE LOS DOCTORES



Tuam ipsius animam pertransibit gladius.

Luc. II. 35.



BIBLIOTECA PÚBLICA DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

135789

00188

A los ministros del evangelio que han solicitado este

Septenario.



SEÑORES:

A vuestros ruegos he trabajado esta obra, y por vuestras devotas manos la consagro á Jesucristo crucificado y á su dolorosa Madre. Vosotros desde la cátedra hareis valer las grandes verdades que encierra ; y en el se-

a

creto de vuestro estudio coregireis los defectos que contenga, hijos de mi ignorancia y de la tibieza de mi corazon. Acostumbrados ya á disimular mis yerros con indulgencia, no os será gravoso este trabajo. No faltará acaso quien juzgue poco á propósito el plan de este Septenario, dirigido á combatir los siete vicios capitales, funesto origen de los demas pecados. Desearian discursos llenos de elo-

cuencia, sembrados de imágenes y figuras del arte.

Mas yo, señores, me glorío con S. Pablo, de no saber mas en la cátedra del Espíritu Santo, que á Jesucristo crucificado, principalmente tratando del Calvario y de los dolores que esta trágica escena produjo en el corazon de María. Por otra parte, siendo el fin del ministerio evangélico la correccion del pueblo cristiano, la detesta-



cion del pecado , y exhortacion á la virtud ; medios indispensables para conseguir las promesas eternas, he creído cumplir con estos deberes, aplicando la segur á la raíz de todos los vicios, para mover al pecador á penitencia. Este ha sido mi designio, apoyado en las santas escrituras, en la práctica de los padres de la Iglesia , é intimado á todos sus hijos por nuestro seráfico padre S. Francisco. Si

no he acertado á desempeñar mi deber en esta parte , vosotros sabreis apreciar á lo menos mis buenos deseos , encaminados á honra y gloria de Jesucristo , al honor de su santísima Madre , y al bien de las almas. VALETE.

ÍNDICE

de lo contenido en este tomo.

- | | |
|---|---------|
| I. Discurso preliminar sobre la devocion á María santísima. | Pág. 1. |
| II. Profecía de Simeon. | 22. |
| III. Huida á Egipto. | 40. |
| IV. Pérdida en el templo. | 57. |
| V. Calle de la Amargura. | 75. |
| VI. Sobre la crucifixión. | 95. |
| VII. Jesucristo depuesto de la cruz. | 116. |
| VIII. Sobre el sepulcro. | 136. |

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de lo contenido en este tomo.

Gemitus Matris tuæ ne obliviscaris.
Eccli. VII. 29.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

DISCURSO PRELIMINAR,

Ó

Exhortacion á los siervos y devotos de María sobre el honor y culto que deben dar á esta Madre dolorosa, y las ventajas que deben esperar en recompensa.

SEÑORES:

La devocion á María santísima, cuyos dolores deben considerarse como íntimamente unidos á los misterios del Calvario, no es una de aquellas obras llamadas de supererogacion, ó voluntarias, sino de estrecha obligacion para todo fiel cristiano que desea salvarse. Madre de Dios y nuestra, que intercede por nosotros, son dos legítimos títulos,
Tom. XI. A

de lo contenido en este tomo.

Gemitus Matris tuæ ne obliviscaris.
Eccli. VII. 29.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS

DISCURSO PRELIMINAR,

Ó

Exhortacion á los siervos y devotos de María sobre el honor y culto que deben dar á esta Madre dolorosa, y las ventajas que deben esperar en recompensa.

SEÑORES:

La devocion á María santísima, cuyos dolores deben considerarse como íntimamente unidos á los misterios del Calvario, no es una de aquellas obras llamadas de supererogacion, ó voluntarias, sino de estrecha obligacion para todo fiel cristiano que desea salvarse. Madre de Dios y nuestra, que intercede por nosotros, son dos legítimos títulos,
Tom. XI. A

que exigen , no solo por gratitud, sino de justicia , los mas rendidos y sinceros homenages á tan soberana bienhechora ; culto verdaderamente ingenuo , que los principios de la fe autorizan , y la práctica de la Iglesia inspira.

De aqui toma su origen la devoción de todo pueblo cristiano á María. Apoyados sobre la mas constante tradición y autoridad de la Iglesia congregada en el concilio general de Efeso , confesamos que es verdadera Madre de Dios , y anatematizamos al impio Nestorio , que osaba decir lo contrario. No nos acerquemos á medir la elevacion de esta altísima dignidad , ni seamos curiosos investigadores de la Magestad , si no queremos ser oprimidos de su gloria. Reservemos á Dios , que penetra los abismos , el conocimiento exácto de sus obras , impenetrables á nuestra debilidad.

No obstante es facil conocer que

María, por Madre de Dios, constituye un orden separado de las demas criaturas, superior no solo á los hombres, sino tambien á los ángeles, y solo inferior á Dios. Los ángeles en efecto se ocupan, como dice S. Pablo, en llevar las órdenes del Eterno; pero María, mas privilegiada, lleva en su seno virginal al Eterno mismo. ¿Cómo podremos rehusar nuestros mas sinceros homenages á una tan feliz criatura, á quien el Altísimo confió su Hijo? Ella dió á luz el Reparador del mundo. De su purísima sangre fue formada esta sangre divina, que derramada sobre el Calvario obró nuestra redencion. La carne pues de Cristo es la de María, como S. Agustin se explica.

Reflexad , os ruego , sobre este principio. ¿Negarémos nuestro amor á la que debemos nuestra víctima? ¿No ha contribuido por este medio á nuestra reconciliacion? ¿Osarémos negarle nuestros cultos? Esta generosa

hija de Abraham, dice S. Ambrosio, hubiera (en caso necesario) sacrificado por nuestra salud á su amado y único Hijo figurado en Isaac. ¿Miraremos nosotros con indiferencia tanto amor y caridad? Además, ¿no es la Esposa y templo del Espíritu Santo, donde habita el Señor con complacencia? ¿Cómo podremos pues rehusarle nuestra veneracion y obsequio? ¿Ignorais por ventura que el mismo Hijo de Dios la fue sumiso y la veneró sobre la tierra? Si no os es lícito pues negar la adoracion debida á Jesucristo, y renunciar de su fe, tampoco debeis mirar con indiferencia la veneracion y culto debido á María en calidad de Madre de Dios y de Reyna de los santos.

A estos, segun las decisiones de la Iglesia, nos es permitido honrar é invocar. El Señor los ha glorificado, dice el Real Profeta. A su voz trastornó la naturaleza, suspendió su fu-

ror, abrió y cerró los cielos. ¿No bastará su exemplo, dice un sabio, para autorizar el nuestro? Lo que el Señor ha obrado á favor de ellos por misericordia, ¿no será bastante á justificar lo que hagamos nosotros en su obsequio por religion y reconocimiento? Si es justo pues honrar á los santos, ¿cuánto mas á María, Reyna de ellos? ¿Qué diferencia tan notable entre ésta y aquellos! Los santos manchados en su origen; María siempre immaculada. Aunque Jeremias y el Bautista fueron santificados en el seno de sus madres, no obstante fueron concebidos en pecado; solo María entre las puras criaturas fue concebida en santidad y gracia, recibiendo por primicias la plenitud de ella. Superior pues en dignidad, superior en mérito, superior en gracia y en gloria á todos los santos, debe tambien ser preferida en el culto y veneracion á todos, como Reyna de ellos.

Agregad á estos títulos el de Madre nuestra. Esta asercion no es temeraria, hija de mi entusiasmo. Es una verdad irrefragable, apoyada en el testimonio y última voluntad de Jesucristo, y en la tradicion de su Iglesia. Es verdad que María, virgen antes del parto, en el parto y despues del parto, solo reconoce por hijo propio y natural á Jesucristo, Verbo de Dios, á quien concibió en sus entrañas por obra del Espíritu Santo. Mas esto no impide que sea Madre nuestra.

Acordaos, señores, de aquel dia grande y digno de eterna memoria, en que Jesus desde lo alto de su cruz, echando sobre su Madre una tierna mirada, y mostrándole al amado discípulo, la dice: *muger, hé ahí á tu hijo*. El ocupará mi lugar, me representará á tus ojos, y tú serás su Madre. ¡Qué bello presente! dice un sabio: ¡qué rica sucesion! ¡qué preciosa palabra! Despues dixo al discípulo:

hé ahí á tu Madre. ¡Expresion adorable! que segun los padres de la Iglesia significa la adopcion que ordenaba por su testamento á favor nuestro. Es decir, que desde aquella hora quedábamos asignados por hijos adoptivos de María, y ésta destinada para Madre nuestra.

De aqui se sigue, que habiendo tenido esta adopcion su origen en el Calvario y en el momento de las mayores aficciones de María, debemos considerarnos como hijos de sus dolores, porque entre ellos nos adoptó, con arreglo á la voluntad del Eterno. Por manera, que la que dió á luz sin dolor á Jesucristo en el portal de Belén, como la fe nos enseña, padeció inmensos dolores, como la que está de parto, segun la expresion del salmo, al adoptarnos al pie de la cruz.

Si es pues Madre nuestra, ¿cómo podremos rehusarla el honor, la reverencia y obsequio? La ley nos

manda honrar á nuestros padres; ¿negaremos nosotros este homenaje á nuestra Madre María? Honra á tu madre toda tu vida, decia el anciano Tobías á su hijo, y acuérdate de los peligros y trabajos que por ti ha padecido. No olvides, añade el Eclesiástico, el gemido de tu madre; ¿cómo podremos olvidar nosotros el lamento de la nuestra al pie de la cruz, ni los trabajos y aflicciones que durante su vida padeció por nosotros?

He dicho *por nosotros*, porque desde el pesebre, en que dió á luz á Jesucristo, hasta la cruz, en que le vió espirar, fue participante de todas sus penas y trabajos, y unida su voluntad á la de su amado, que habia venido á padecer por el hombre, ofreció al Padre Eterno el mismo sacrificio que su Hijo, derramando ella la sangre de su corazón, mientras Cristo la de sus venas, segun la expresion de S. Agustin. De aqui el carácter de redentora con el

Redentor, de mediadora con el Mediador, de cooperadora de nuestra salud, de víctima con el Cordero sin mancha, de puerta del cielo, árbol de la vida, refugio y asilo de los pecadores; expresiones enérgicas con que los padres y la Iglesia la saludan. Con este mismo espíritu venera la Iglesia en el cánon de su sagrada liturgia la memoria de la siempre Virgen María, y pedimos al Señor por la intercesion de esta gloriosa Virgen nos libre de todos los males pasados, presentes y futuros.

II. Hé aqui las ventajas sólidas que nos debemos prometer si honramos debidamente á nuestra Madre dolorosa. Su beneficencia no se limitó al Calvario. Desde el sòlio de grandeza, magestad y gloria que ocupa, jamas olvida á los hijos de su dolor. El calor de su caridad se extiende á todas partes. ¿Quién hay de vosotros que no haya experimentado los efectos de su alta proteccion? Ella

10 DISCURSO

ha sido vuestro asilo en las urgentes tribulaciones de la hambre, de la peste, de la guerra y de los terremotos. ¿Cuántas veces no hubiera peligrado vuestra vida y vuestra suerte eterna sin el socorro de esta Madre? ¿Cuántas no os ha prevenido con bendiciones de suavidad y de dulzura para que no cayéseis en el abismo de las culpas? ¿Cuántas no os ha sacado con su poderosa intercesion de entre las fauces del demonio?

¿Que no pueda, señores, detenerme á presentaros aqui todos los ilustres trofeos de las enfermedades y miserias humanas que penden en nuestros templos, como otros tantos monumentos perpetuos de la beneficencia de María! ¿Quién, os ruego, ha estimulado á los reyes cristianos á poner baxo la proteccion de esta augusta Soberaná su trono y sus estados? El carácter benéfico de María. ¿Quién inspira al guerrero á invocarla en los combates, al marinero en las borras-

PRELIMINAR. 11

cas, al viajero en los peligros, al pobre en la indigencia, al moribundo en la agonía? El carácter benéfico de María. ¿Quién mueve al pecador á invocar su augusto nombre, para no caer en la tentacion, y al justo á buscar su alta proteccion, para conseguir el don de la perseverancia? El carácter benéfico de María. ¿De dónde en fin dimanen como de asilo de intercesion las gracias concedidas por Dios al pueblo cristiano y el socorro de sus necesidades? Del carácter benéfico de esta misericordiosa Madre.

Con razon pues decia S. Bernardo: si fluctuais en el mar borrascoso de este mundo, fixad la vista en la estrella del norte, que es María, para no perecer entre sus furiosas olas. Si tropezais con escollos de tribulaciones, recurrid á María. Si os turba la gravedad de vuestros delitos, si os confunde el horror de vuestra conciencia, y el terror del juicio, buscad vuestro asilo en esta Madre

dolorosa. En los peligros, en las angustias invocad á María, no falte de vuestros labios, no se aparte de vuestro corazon; ella os servirá de refugio en todas vuestras necesidades; vosotros baxo su tutela no perecereis en el mar vasto y tempestuoso de este mundo, porque no es posible, dice un padre de la Iglesia, perezca un verdadero devoto de María. ¡Qué estímulo de confianza, qué motivo de espiritual regocijo para los siervos de esta Madre!

Mas para no errar en materia tan grave y delicada, ni aprender por luz las tinieblas, es necesario distinguir los verdaderos de los falsos devotos, con arreglo al espíritu de la religion. Seguidme atentos.

La devocion tiene sus justos límites. A veces es defectuosa por excesos, y otras es perfecta y digna de un cristiano. Esta es únicamente la que acepta nuestra Madre dolorosa, y la que puede atraernos su

alta proteccion, para no perecer en el tremendo juicio. La devocion perfecta debe ser ilustrada y prudente, para estar á cubierto de dos abusos ordinarios en esta materia. Cuando se trata de la devocion á María, dice un sabio, unos conceden mucho, otros poco á su proteccion. Los primeros son pecadores impenitentes, que reducen todo su culto á ciertas preces, sin hacer violencia á sus pasiones favoritas, ni esfuerzo alguno por destruir el cuerpo del pecado. Los segundos son incrédulos, ó mundanos indolentes, que en nada menos piensan que en la invocacion de los santos. Entre estos dos extremos viciosos media la perfecta y verdadera devocion á María, que debe estar adornada de los caracteres de fidelidad y de imitacion, de fervor y confianza.

En efecto, señores, ¿cómo seremos verdaderos devotos de María, si no procuramos imitarla con fide-

lidad? ¿Qué cosa mas comun en este mundo que querer ser semejantes y conformes al objeto que se ama? Asi tambien quiere el Señor ser servido, y S. Pablo nos intima la conformidad á la imágen de Jesucristo para ser salvos. Cualquiera otro culto es abominable á sus ojos. Oid cómo se explica por un profeta. Yo voy á descargar mi ira sobre este pueblo, y hacerle conocer los funestos efectos de mi cólera. ¿Qué ha hecho, Señor, este pueblo tan querido, clama sorprendido el profeta, para haberse hecho indigno de vuestras antiguas misericordias? Vuestro templo abierto y frecuentado; vuestros altares cargados de dones, y enriquecidos de perfumes; vuestros sacrificios multiplicados, é innumerables víctimas espirando bajo el cuchillo del sacrificador; ¿no son estas suficientes pruebas de su religion y su piedad? ¡Ah, vana religion! ¡falsa piedad! Este pue-

blo me honra con los labios, dice el Señor, mas su corazon está lejos de mí.

¿No podria nuestra Madre decir esto mismo á muchos de sus pretendidos devotos? ¿A qué fin tanto esplendor de culto sin efecto alguno? ¿De qué sirve tanta pompa exterior sin ninguna realidad? ¿A qué fin honrarme con los labios, si no tengo parte en vuestro corazon? Sabed que no se me honra sino por mis virtudes, aspirando á imitarlas con fidelidad, fervor y confianza.

Su paciencia pues y conformidad en los trabajos, su humildad profunda, su pureza, su espíritu de caridad, son virtudes características de María, y dignas de la imitacion de sus verdaderos devotos. ¡Mas ah! ¿Cuáles son los que ponen su estudio en imitarlas? Yo solo veo de ordinario devotos de María que concurren á sus templos, mas por una vana curiosidad, que por sincera devocion. De-

votos de María, que nada omiten de sus placeres, ó que mantienen de por vida la discordia, el pleito injusto, el trato sospechoso. Devotos de María, que ó no pagan su trabajo en conciencia, ó retienen la sangre del pobre, aplicados al monopolio y á la usura. Devotos de María, pero que viven como otros tantos fariseos, llenos de orgullo y de soberbia, cargados de pasiones violentas, de vicios delicados, y que baxo pretexto de zelo, desacreditan al sacerdote, al magistrado, á la persona libre, á la casada. Devotos de María, pero sin dexar la mala costumbre de maldecir, jurar y blasfemar; que ni restituyen la hacienda ni la honra que han quitado, ni jamas se han propuesto un deseo sincero de convertirse á Dios, una firme resolucion de abandonar el pecado, y abrazar el espíritu de penitencia.

¿Qué juicio formaremos de estos y semejantes devotos de María? ¿Juz-

gais tendrán vida en Cristo estos huesos áridos de la religion, estos cadáveres de la fe, á beneficio de algunos actos de piedad, de ciertas preces y oraciones tibias, dirigidas á Dios por medio de su Madre y nuestra? ¿Son estos los devotos que no perecerán? ¿Tendrán estos asilo seguro en María? ¡Ah, no os engaíeis, mortales! En vano os gloriaréis de hijos de Abraham, si no són de Abraham vuestras obras. Es decir, en vano esperais la alta y benéfica proteccion de María, si no aprendeis y trabajais por ser sus devotos verdaderos.

Tales son, segun el espíritu de la Iglesia, los que solicitan imitar sus virtudes, los verdaderamente convertidos; los que buscan seriamente su salud eterna, los que con sinceridad se proponen volver á Dios, de quien se habian alejado por la culpa; los que abandonan las sendas de la iniquidad, para entrar en las de la justificacion; el inocente de manos, el

puro de corazón, el humilde, que teme el juicio de Dios, y desea amarle eficazmente. Estos son los que deben confiar en el amparo y protección de María. Ninguno que perseverare en estos santos propósitos padecerá ruina eterna. Todos estos sus fieles devotos conseguirán por la mediación de esta Madre una verdadera conversión, llorarán su pecado, y obtendrán la bienaventuranza.

¿Qué pedirá en efecto á favor de sus hijos adoptivos esta Madre que no le sea concedido? ¿Qué podrá rehusarle Jesucristo, cuya naturaleza es la bondad? ¿qué podrá negar á una Madre, heredera de su espíritu y de su misericordia? Parece-me le oigo decir como Salomón á Betsabé: pide, Madre mia, que no me es lícito rehusar tus peticiones. Yo pondré donde os agrade mis ojos de clemencia. A vuestra voz suspenderé mi cólera, encadenaré al demonio, cerraré los abismos. Sé tú el refugio de los pecado-

res, el remedio de los afligidos, la fortaleza de los flacos, la protectora de tus devotos, y la reconciliadora de tus hijos. *Pete, Mater mea.*

No diré yo por un exceso de piedad, ó de una mal entendida devoción, que tiene María autoridad para salvar las almas que por un justo é irrevocable juicio ha reprobado su Unigénito. Esto seria debilitar su poder y su beneficencia, y en vez de elógio, una injuria atroz contra Jesucristo y contra su Madre. Pero sí diré, que puede contener mejor que Moysés la ira del Señor contra un pueblo idólatra; ni dudo afirmar que su poderosa protección debe inspirarnos mas confianza que á Judas Macabéo las oraciones de Onías y Jeremías: diré en fin, que es la mediadora de los pecadores para con su Hijo, como éste lo es para con su Eterno Padre; porque así como Jesucristo muestra sus llagas al Padre celestial, para inclinar sus entrañas á clemencia, así

tambien María manifiesta á su Hijo el seno virginal en que fue concebido, para inclinarle á misericordia; y asi como el Padre oye siempre la voz de un Hijo que por su honor y gloria ha derramado su sangre, asi tambien el Hijo atiende siempre la súplica de una Madre, á quien debe la sangre que derramó por nosotros.

¿Qué mas? Jesucristo sobre la tierra ha hecho la voluntad de los santos, obedeciendo tal vez Dios á la voz del hombre, segun el oráculo del Espíritu Santo. ¿Cerrará sus oidos en el cielo á las súplicas de una Madre, de quien fue súbdito sobre la tierra? A petición de Marta y de María resucita á su hermano Lázaro, porque estas santas mugeres le habian hospedado en su casa; y María que le ha concebido en su seno, y le ha llevado en sus brazos, ¿no podrá conseguir resuene á favor de los pecadores esta voz omnipotente, que arranca al infierno sus conquistas?

¡Ah! hijos de las angustias y dolores de María, alentad vuestra confianza en la proteccion de vuestra Madre. Ella ha sido designada por Dios para este efecto, y nosotros somos hijos adoptados por esta Señora en el momento de sus mayores dolores. Atended pues á la piedra de donde habeis sido cortados. Veneradla como á Madre; no olvideis sus gemidos al tiempo de adoptaros, ni lo mucho que debeis á su benéfica proteccion. Imitad sus virtudes. Este es el verdadero culto que exige de vosotros. La detestacion del pecado, el amor á Dios y al próximo, es el ejercicio que os pide para reconciliaros con el Padre celestial. Si os gloriais pues de hijos de María, obedecedla, amadla, invocadla fervorosos y llenos de confianza. En esta hipótesi no dudeis que os alcanzará del Todopoderoso auxilios en vida y muerte, y la eterna bienaventuranza. Amen.



SEPTENARIO DE DOLORES.

DIA I.º

PROFECÍA DE SIMEON.

*Et tuam ipsius animam pertransibit
gladius.*

Luc. II. 15.

Un Dios inmutable, eterno, inmenso, figura de la substancia del Padre, esplendor de su gloria, viva imagen de su Divinidad, y único Dios con el Padre, y el Espíritu Santo en unidad de esencia; un Dios, repito, engendrado por toda la eternidad en el esplendor de los santos del útero fecundo de su Padre celestial, y humanado en tiempo, por su amor al hombre, en el vientre

virginal de una doncella por obra del Espíritu Santo; un Dios hombre, que por nuestra salud se ofrece voluntariamente á los mayores tormentos y á la afrentosa muerte de una cruz; y María, verdadera Madre de este Dios hombre, fiel testigo y compañera inseparable de sus penas, que ofrece al Padre Eterno el mismo sacrificio que su Hijo, derramando la sangre de su corazón, mientras aquella de sus venas, como se explica un padre de la Iglesia; ¿no son estos, señores, los dos augustos personajes, objeto de la profecía de Simeon? ¿no es la pasión y muerte del adorable Salvador de los hombres la penetrante espada de dolor que debe traspasar el corazón de María? Además, ¿no fueron nuestras culpas los principales artífices y executores de esta trágica y augusta escena? ¿No es la enmienda del pecador y la detestacion del pecado el fin con que la Iglesia, siempre so-



SEPTENARIO DE DOLORES.

DIA I.º

PROFECÍA DE SIMEON.

*Et tuam ipsius animam pertransibit
gladius.*

Luc. II. 15.

Un Dios inmutable, eterno, inmenso, figura de la substancia del Padre, esplendor de su gloria, viva imagen de su Divinidad, y único Dios con el Padre, y el Espíritu Santo en unidad de esencia; un Dios, repito, engendrado por toda la eternidad en el esplendor de los santos del útero fecundo de su Padre celestial, y humanado en tiempo, por su amor al hombre, en el vientre

virginal de una doncella por obra del Espíritu Santo; un Dios hombre, que por nuestra salud se ofrece voluntariamente á los mayores tormentos y á la afrentosa muerte de una cruz; y María, verdadera Madre de este Dios hombre, fiel testigo y compañera inseparable de sus penas, que ofrece al Padre Eterno el mismo sacrificio que su Hijo, derramando la sangre de su corazón, mientras aquella de sus venas, como se explica un padre de la Iglesia; ¿no son estos, señores, los dos augustos personajes, objeto de la profecía de Simeon? ¿no es la pasión y muerte del adorable Salvador de los hombres la penetrante espada de dolor que debe traspasar el corazón de María? Además, ¿no fueron nuestras culpas los principales artífices y executores de esta trágica y augusta escena? ¿No es la enmienda del pecador y la detestacion del pecado el fin con que la Iglesia, siempre so-

24 SEPTENARIO

lícita de sus hijos , nos recuerda la afrentosa muerte de su Esposo y los dolores de María?

¿A qué fin pues me cansaría yo en discurrir asuntos peregrinos y delicados , que solo servirían de llamar vuestra atención , y deleitaros en este Septenario que vuestra devoción consagra anualmente á los dolores de María santísima? ¿Porqué ante todas cosas no procuraré desarraigar de vuestro corazon el gérmen de estas aflicciones, que fueron vuestras culpas, las cuales segun S. Pablo , crucifican de nuevo á Jesucristo , y renuevan de consiguiente los dolores de su augusta Madre?

No esperéis pues , hermanos míos, no esperéis de mí en estas siete tardes , piezas de una elocuencia fastuosa , mas á propósito para divertirnos que para edificaros. Yo me glorío en esta hora con el Apóstol, de saber á Jesucristo crucificado por

DE DOLORES. 25

nuestras culpas. Ellas en efecto que fueron la causa de la afrentosa muerte del hombre Dios y de los dolores de su Madre , serán únicamente el objeto de mis invectivas.

Mas como los vicios son innumerables en el pueblo cristiano, para proceder con algun orden en la materia , me ceñiré á hablaros en cada tarde de uno de los pecados capitales , compendio y funesto origen de todos los demas. Ellos en efecto fueron otras tantas espadas agudas que penetraron el corazon de María al oír el vaticinio de Simeón, previendo que serian la ruina de innumerables almas. Su malicia pues, sus tristes efectos , y los medios de corregirlos , servirán de principal materia á mis discursos , dirigidos únicamente al honor de Dios y de su Madre , y á vuestra salud eterna. Empecemos por la detestacion de la soberbia , y procedamos con la bendicion de aquel au-

gusto y soberano Señor Sacramentado.

I. La soberbia, este primer vicio entre los capitales, consiste en cierto amor desordenado de sí mismos, ó de propia excelencia sobre los demas. El soberbio ni quiere sujetarse á ley ni á superior. Enamorado de sí mismo, cree pertenecerle por derecho la preferencia á todos. Mira á los demas como á viles insectos de la especie humana, criados únicamente para obsequiarle, obedecerle y rendirle homenaje. Embriagado con la idea de esta aprendida excelencia luciferina, solo halla perfecciones en sí mismo. Su talento es el mas vivo, sus luces las mas penetrantes, sus dictámenes los mas prudentes, sus dones, ya sean naturales ó ya sobrenaturales, son los mas excelentes; y como si no fuese de Dios lo que posee, usando de un tono farisaico, se gloria no ser como los demas hombres.

Este vicio abominable, origen fu-

nesto de todos los pecados, segun la frase del Eclesiástico, fue la primera espada de dolor que penetró el tierno corazón de María al oír el oráculo del santo Simeon. ¿Avanzo alguna paradoxa, señores? Nada menos. ¿Quién de vosotros ignora, que la soberbia fue el primer pecado del mundo, y el que abrió puerta franca á los demas? ¿No fue ella la que hizo rebelar á Luzbél contra su Criador? Engreido con su propia excelencia, lleno de arrogancia y de orgullo, osó decir en su corazón ingrato: subiré al cielo, exaltaré mi sólio sobre los astros de Dios, me sentaré en el monte del testamento sobre las nubes, y seré semejante al Altísimo.

¿No fue tambien el espíritu de soberbia, ó desordenado amor de sí mismo, el que hizo á Adán prevaricador del precepto que Dios le habia impuesto? ¿No se propagó este crimen á todos sus descen-

dientes, de generacion en generacion hasta la consumacion de los siglos? En fuerza de este delito de origen, ¿no nacimos todos hijos de ira y del pecado, privados de obtener la bienaventuranza, y adictos á una pena eterna? ¿Quién era capaz de borrar este decreto, fulminado por el Señor contra la soberbia del hombre, sino la sangre de un Dios sacrificado por nuestra salud?

Si este sacrificio pues es el que anuncia Simeon á María en el momento de presentar á su Hijo en el templo, para ofrecerlo á su Eterno Padre; ¿no podré yo deciros con verdad, que la soberbia, origen de todos los pecados del mundo, por los cuales venia Jesucristo á padecer y morir, fue el primer dolor, la espada penetrante que traspasó el corazon de esta Madre compasiva? Iluminada por Dios, veía en aquel momento la multitud de almas, que arrastradas del espíritu de orgullo

y de soberbia, perderian en el transcurso de los siglos el fruto de tan copiosa redencion.

II. ¡Ah! ¿quién es capaz de ponderar el dolor de esta Señora al ver los tristes efectos que este vicio capital y abominable produciría en el mundo cristiano? ¿Quién creyera, señores, que este espíritu luciferino, que desde la mas alta elevacion precipitó al profundo del abismo á los ángeles rebeldes; que hizo caer de su excelencia á nuestros primeros padres, y que fuesen arrojados del paraíso; que trastornó la torre de Babel, y sumergió en el mar Roxo á Faraon y sus tropas; que prostró á Goliath, suspendió á Amán, é hizo perecer á Nicanór, Antíoco y Senaquerib; que por espacio de siete años hizo pacer á Nabucodonosor entre las bestias del campo: quién creyera, repito, que tan abominable espíritu, monstruo tan detestable, no hubiese quedado

sepultado entre las tinieblas y ruinas de aquellos siglos remotos, en que aún no resplandecían las luces del evangelio?

Pero la lástima inconsolable es, que sea tan universal en el pueblo cristiano un vicio tan abominable y de tan funestas consecuencias. Dios, que detesta la arrogancia y la soberbia, ha revelado que humillará á los espíritus fuertes y vanagloriosos de la tierra, deprimiendo hasta el abismo á los soberbios. A pesar de estos terminantes oráculos, que perecerá antes el cielo y la tierra que falte un ápice de su cumplimiento; ¿qué cosa mas comun en el mundo que el orgullo y soberbia de la vida? Como todas las cosas cooperan al bien de los que aman á Dios, segun el Apóstol, asimismo sirve todo de incentivo á los soberbios para engreirse en su propia excelencia.

Los demas vicios, dice un sabio

cardenal, solo acometen á las virtudes que los destruyen; la luxuria, por exemplo, á la pureza; la ira á la paciencia &c.; pero la soberbia se opone á todas las virtudes del ánimo, y á manera de una dolencia general y pestilente, las corrompe todas. La sabiduria, la nobleza, las riquezas, el favor de los grandes, el valimiento del príncipe, las bellas dotes del cuerpo y del espíritu, que en las miras de Dios debían solo servir de estímulo de gratitud ácia el Criador, y de beneficencia para nuestros hermanos, ¿no son para el soberbio otros tantos incentivos de su amor propio, de su vanagloria y su arrogancia? La mesa espléndida, el luxo del vestido, la magnificencia del tren, el trato áspero para con los criados, duro para con los pobres, é insociable respecto de todos, ¿no es el carácter ordinario de las gentes del gran mundo, y que manifiesta bien al

vivo la soberbia de su vida y orgullo de su corazón? ¿Qué vanagloria, qué jactancia, qué presunción, qué pertinacia, qué altivez, qué espíritu de discordia no muestran en sus palabras, en sus ademanes y en sus obras estos esclavos de la soberbia!

Miserables hijos de Adán, ¿qué teneis que no hayais recibido? os diré con S. Pablo. Si todo lo habeis recibido de Dios, ¿porqué os gloriais como si así no fuese? Hombrés de tierra, divinidades de barro, si juzgais ser algo, siendo nada, os engañais, como se explica el mismo Apóstol. ¿De qué os ensoberbeceis siendo polvo y ceniza? Hijos del pecado, cubiertos de la lepra de los vicios, ¿é inciertos de vuestra suerte eterna, ¿en qué fundais esa arrogancia, ese orgullo, esa altivez? Subid, os ruego, de generacion en generacion hasta vuestro origen, y hallaréis que vuestro primer padre

solo os dexó por título de herencia la muerte y el pecado. Insensatos, por mas que en vida querais elevaros sobre los cedros del Líbano, vendrá un dia en que rodeis á los pies del trono de Dios, que confundirá vuestra soberbia en los abismos. Si os parece duro este lenguaje, él es el de las santas escrituras. Huid pues en tiempo de la ira futura, y humillaos baxo la mano poderosa del Señor, para que os exalte al tiempo de su visita, como se explica S. Pedro,

Este es, señores, el único medio de corregir el vicio capital de la soberbia, y evitar sus funestas consecuencias. Así nos lo enseñan las santas escrituras y el exemplo de Jesucristo y de su Madre, principalmente en la ocasion de sus mayores aflicciones. Dios, dice el Apóstol, resiste á los soberbios, y da gracia á los humildes. A estos salvará, como David se explica. La oracion del humilde, dice

el Eclesiástico, penetrará las nubes, y no desistirá hasta que el Altísimo condescienda á sus ruegos. No atrae con tanta eficacia la piedra imán al fierro, como á la gracia la oracion del humilde; porque Dios, segun la expresion de David, no sabe despreciar un corazon contrito y humillado.

¡Qué ilustres monumentos de esta verdad nos presenta la historia de nuestra religion! Ninive floreciente y altiva se entrega á los desórdenes, y humillada con el ayuno, el saco y la ceniza, obtiene el perdon de Dios. Israel en su prosperidad, llena de orgullo, incienza á los ídolos, y humillada en la cautividad, adora al Dios de sus padres. Manasés, altivo con el poder de su trono, blasfema y hace blasfemar el nombre del Señor, que se le mostró benigno é indulgente cuando le vió humillado y contrito entre cadenas. Saulo, soberbio en el esplendor de su secta, persigue á

los cristianos con implacable ódio, y humillado su corazon á la voz de Jesucristo en el camino de Damasco, se convierte en vaso de eleccion.

¿Mas para qué me canso, si la sabia economía de Dios aplicó la mayor exáltacion á la mas profunda humildad? El Señor se hizo humilde, dice S. Agustin, para confusion del hombre soberbio. Siendo mas elevado que los cielos, se anonadó á sí mismo, tomando forma de siervo. Humillóse hasta la muerte afrentosa de cruz, y por tanto Dios lo exáltó, y le dió un nombre superior á todo nombre, ante quien se postran los cielos, la tierra y los infiernos. Ademas, esta es la importante leccion que nos da Jesucristo en su evangelio cuando dice: *aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon.* En efecto desde la cátedra del pesebre hasta la cruz no cesó de inculcarnos esta celestial doctrina con sus palabras y su

exemplo, amonestándonos que el que se ensoberbeciere será humillado, y ensalzado el que se humillare; porque como el pecado entró en el mundo por la soberbia, es indispensable que sea destruido por la humildad.

María pues, que debió á esta virtud todas las bendiciones de los pueblos, como lo afirma en su cántico, siempre la exercitó en grado heróico, principalmente cuando consideraba la pasion y muerte de su Hijo por los pecados del género humano. Verdadera imitadora de Jesucristo, humilla su corazon á las altísimas disposiciones del Eterno, y á pesar de su inexplicable dolor, repite con un profeta en armoniosa consonancia con su Hijo: á la frente del gran libro de los decretos de Dios está escrito que haga vuestra voluntad; yo la acepto, Señor, y la obedezco con todo mi corazon; aqui está vuestra sierva, hágase en mí segun tu beneplácito. Recibid las

efusiones de mi alma en holocausto por el hombre; y si no puede ser que dexé de beber este cáliz, hágase tu voluntad y no la mia. Yo soy un gusano y no hombre, oprobrio de los hombres, y desprecio de la plebe. Vos no habeis apreciado la sangre de los animales: las hostias, las oblaciones, los holocaustos no os han agradado; pero me habeis dado un cuerpo sujeto á los tormentos y á la muerte: héme aqui pronto. *Corpus autem aptasti mihi; tunc dixi: ecce venio.*

Grandes de la tierra, poderosos del siglo, avergonzaos de ser soberbios, á presencia de la humildad profunda de Jesucristo y de su santa Madre en el conflicto de sus mayores aflicciones, y entre las mas atroces injurias. Reconoceos á vosotros mismos; es decir, vuestra nada, vuestra miseria, vuestra vileza propia, y la grandeza del Hombre Dios y de su Madre, á quienes tanto hizo

penar vuestra soberbia. Arrojad de vosotros ese espíritu de arrogancia, de orgullo y altivéz, que os aturde y encadena para el abismo. Fixad vuestra atención en Jesucristo crucificado y en su dolorosa Madre, y aprenderéis á ser mansos y humildes de corazón. Humillaos en fin baxo la mano poderosa del Señor, si quereis ser exáltados en el día del juicio. Este es el culto principal que María espera de vosotros, y el fin que debe conducirnos á los ejercicios de este devoto Septenario consagrado á su nombre.

o Augusta y soberana Madre: vuestros hijos, que adoptásteis sobre el Calvario, se postran hoy á vuestros pies, pidiéndoos les alcanceis de Dios una perfecta humildad. Bien conocemos; ó dulce Madre nuestra! que no somos dignos de vuestra protección, porque nuestra soberbia ha puesto un muro de división entre nosotros y vuestro santísimo Hijo; pero veni-

mos arrepentidos, con propósito firme de la enmienda, y dolor de haberle ofendido. Usad con nosotros de clemencia, pues detestamos de corazón el pecado, y confesamos públicamente, que solo á Dios es debida la virtud, la fortaleza, la magnificencia, la grandeza, el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amen. DIXE.



40
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIA II.º

HUIDA Á EGIPTO.

Surge, et accipe puerum, et matrem ejus, et fuge in Ægyptum, et esto ibi usque dum dicam tibi, futurum est enim, ut Herodes querat puerum ad perdendum eum.

Matth. II. 15.

Levántate, toma al Niño y á su Madre, y huye á Egipto, donde estarás hasta nueva orden, porque Herodes buscará al Niño para quitarle la vida.

SEÑORES:

Estas palabras intimadas de orden de Dios y por ministerio de su ángel al santo patriarca Josef, al

DE DOLORES. 41

mismo tiempo que nos dan ocasion de meditar sobre la mansedumbre de Jesucristo, sobre el dolor agudo de su Madre en toda esta jornada intempestiva, y su rara conformidad con las disposiciones del Todopoderoso, nos presentan muy al vivo en la conducta de Herodes los efectos lamentables de la ira, segundo vicio entre los capitales.

¡Torpe razon humana! tú no podrás jamas comprehender cómo el Hijo del Dios fuerte é irresistible, que hizo naufragar al mundo entero y perecer en un diluvio; que destruyó con fuego del cielo las ciudades infames de Pentápolis; que anegó en el mar Roxo á Faraon con sus tropas; que destruyó á los idumeos con serpientes de fuego, y á los exércitos de Senaquerib por la espada de un ángel; cómo, repito, un Dios que toca los montes, y los convierte en humo, y á cuya vista se derriten sus enemigos como cera, ha podido te-

40
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIA II.º

HUIDA Á EGIPTO.

Surge, et accipe puerum, et matrem ejus, et fuge in Ægyptum, et esto ibi usque dum dicam tibi, futurum est enim, ut Herodes querat puerum ad perdendum eum.

Matth. II. 15.

Levántate, toma al Niño y á su Madre, y huye á Egipto, donde estarás hasta nueva orden, porque Herodes buscará al Niño para quitarle la vida.

SEÑORES:

Estas palabras intimadas de orden de Dios y por ministerio de su ángel al santo patriarca Josef, al

DE DOLORES. 41

mismo tiempo que nos dan ocasion de meditar sobre la mansedumbre de Jesucristo, sobre el dolor agudo de su Madre en toda esta jornada intempestiva, y su rara conformidad con las disposiciones del Todopoderoso, nos presentan muy al vivo en la conducta de Herodes los efectos lamentables de la ira, segundo vicio entre los capitales.

¡Torpe razon humana! tú no podrás jamas comprehender cómo el Hijo del Dios fuerte é irresistible, que hizo naufragar al mundo entero y perecer en un diluvio; que destruyó con fuego del cielo las ciudades infames de Pentápolis; que anegó en el mar Roxo á Faraon con sus tropas; que destruyó á los idumeos con serpientes de fuego, y á los exércitos de Senaquerib por la espada de un ángel; cómo, repito, un Dios que toca los montes, y los convierte en humo, y á cuya vista se derriten sus enemigos como cera, ha podido te-

mer la ira y furor de un hombre, obra de sus manos (á quien podia exterminar con el mas leve soplo de su aliento), y huir de su presencia para evitar la muerte.

Raciocinadores importunos, hombres carnales, vosotros ignorais las cosas del espíritu. Cuando en obsequio de la fe cautivéis vuestro entendimiento, conoceréis que la persecucion de Jesucristo, su rara mansedumbre, y la conformidad paciente de su augusta Madre entre sus mayores aflicciones, todo iba dirigido en las sabias miras de Dios á vuestra salud eterna, y á la correccion de vuestra ira, que tanto os aleja de vuestro fin último. Esta es en substancia la materia de un breve discurso, que para darle algun orden dividiré en dos reflexiones. En la I. os daré á conocer la ira y sus fatales consecuencias; y en la II. los documentos que para corregirla nos ofrecen Jesucristo y su dolorosa Madre en esta célebre jor-

nada. Pidamos las luces necesarias, postrándonos con sumision ante aquel augusto y soberano Señor Sacramentado.

I. Cuando se trata de combatir un vicio, es necesario ante todas cosas conocer bien en qué consiste, para no aprender por luz las que en sí son tinieblas. Esta palabra *ira* es de suyo equívoca, indiferente al bien y al mal, al mérito y al demérito. Dirigida por la razon y la justicia, puede ser meritoria en muchos casos. Nadie ignora que Moisés y David, cuya mansedumbre nos recomiendan las santas escrituras, se llenaron mas de una vez de ira contra la malicia de los pecadores. ¿Pero qué mucho? ¿No sabemos que Jesucristo mismo, exemplar y modelo de la mansedumbre, devorado de zelo por la honra de la casa de Dios, arrojó del templo con un látigo á sus profanadores?

No peca pues contra el espíritu

de lenidad el que concibe ira contra los delitos, principalmente si está obligado á corregirlos y castigarlos. Esto es lo que David nos enseña cuando dice: airaos, y no queráis pecar. A esta ira llama S. Agustin justa y santa, y nos pone por exemplar la que concebimos contra nuestros pecados en la penitencia. Justa asimismo y loable, como incitada, aprobada y aun mandada por Dios, fue la que manifestó Moysés quebrando las tablas de la ley, y cuando mandó quitar la vida á tantos de sus hermanos en castigo de su idolatría. Justa y santa la que movió á Finees á entrar en el lupanár, y dar muerte al israelita escandaloso y á su cómplice. Justa y santa la que incitó á Samuél cuando á presencia de todo el pueblo quitó la vida al rey Agag, á quien Saúl, contra el orden de Dios, había perdonado. Nada digo del zelo de Elías contra los falsos profetas de Baal, ni del de otros muchos héroes

de santidad, que movidos de ira y de ódio contra el pecado, han zelado la causa de Dios. No es pues esta la ira que la moral condena, ni la que yo pretendo desterrar del pueblo cristiano como uno de los vicios capitales.

Hablo de la ira en cuanto es un apetito desordenado de venganza y de implacable fuor contra el próximo. Las escrituras nos presentan innumerables exemplos de insignes pecadores, que dexándose arrebatados (y á veces por causas levisimas) del espíritu de ira, incurrieron en gravísimos crímenes, que los arrastraron al abismo. Aqui vemos á Saúl, que al oír los coros de las doncellas que alababan á David por haber quitado el aprobrio de Israel, dando muerte á Goliath, poseido de ira y de furor, le persigue con ódio implacable, poniendo continuamente asechanzas á la vida de este jóven príncipe, formado segun el corazón de Dios, y elegido para conductor y ge-

fe de su pueblo. Allí vemos á Nabucodonosor, que arrebatado de la ira, manda encender un horno, cuyas llamas subian á mas de cuarenta y siete codos de altura, para arrojar en ellas á tres niños israelitas, que no habian querido doblar la rodilla ante la estatua que habia erigido para recibir adoraciones. Aqui vemos al soberbio Amán, que encendido en ira contra el inocente Mardoqueo porque no se levantaba ni descubria cuando pasaba cerca de él, conspira contra la vida de este justo, preparándole para el suplicio una horca de cincuenta codos de alto; y pareciéndole poco, obtiene el régio decreto para el exterminio de todo su pueblo en una misma hora. Allí vemos el extremo de ira y de furor á que se dexó arrastrar el impio Antíoco contra todos los israelitas que rehusaban apostatar del verdadero Dios, y ofrecer incienso á sus ídolos. Aquí.....

¿Mas para qué me canso en multiplicar exemplos de los excesos á que arrastra la ira? ¿Cuál fue la causa de la huida á Egipto, sino evitar el furor de Herodes, que desde la venida de los Magos habia conspirado contra la vida del Unigénito de Dios hecho hombre? ¿No le reduxo su ira al extremo de crueldad de dar muerte en Belén y en sus confines á todos los niños que no pasasen de dos años, no fuera que se libertase el nuevo Rey de Israel, que los Magos habian venido á adorar desde el oriente, conducidos por una estrella milagrosa? ¿No podré yo concluir de aquí, que la ira de Herodes fue en esta ocasion una aguda espada que penetró el corazon de María?

¡Ah! ¿quién es capaz de ponderar dignamente la afliccion de esta gran Reyna al considerar el peligro en que veía á su amabilísimo Hijo! Lo intempestivo de la órden del cielo, la

obscuridad de la noche, la falta de equipage para tan larga jornada, lo riguroso de la estacion, el miedo de caer en manos de los asesinos, la peregrinacion á tierra extraña y por tiempo indefinido, las incomodidades del camino, la habitacion entre idólatras, los mas supersticiosos del mundo; ¿qué objetos de tanta afliccion y dolor para María!

¡Horrible monstruo de la ira, exécrable á los ojos de Dios! ¿qué terrible amargura no causarías en esta ocasion en el corazon amante y compasivo de nuestra augusta Madre? ¿Y qué de males no has causado en todo tiempo, y causas diariamente en la sociedad? ¿Qué de muertes injustas no has executado? ¿Qué de ciudades populosas y florecientes no has destruido? ¿Cuántos héroes de ciencia, de virtud, de prudencia no has sacrificado? ¿Qué mas? Tú enciendes la indignacion, animas el ódio, excitas el clamor, promueves las injurias,

las riñas, las blasfemias: los vicios todos participan de tu iniquidad: tu aliento pestilente lo inficiona todo.

¿Qué cosa mas detestable que las discordias? decia un filósofo antiguo. La ira las fomenta. ¿Qué cosa mas cruel que el asesinato? La ira lo persuade. ¿Qué cosa mas funesta que la guerra? La ira la inflama. Cuando arde en el pecho extingue todos los afectos, y es tan imperiosa su tiranía, que convierte el amor en ódio, y la misericordia en furor.

Mas yo me canso inútilmente en persuadir los funestos efectos de la ira, que la triste experiencia de cada dia os enseña, y que experimentais acaso en vosotros mismos. Tratemos pues con la brevedad posible de los medios de corregir este vicio capital.

2 La virtud opuesta, y solo capaz de sujetar á este monstruo, es la mansedumbre. Esta refrena el furor, reanima la paciencia y la conformidad, dulcifica el ánimo, y quebranta la

irá, según la expresión de los Proverbios. Esta virtud, dice un sabio, contiene ó supone las demás. Es cierta especie de efusión del Espíritu Santo en el alma, y como un indicio de la plenitud de Jesucristo en nuestros corazones. El que carece de ella, ni es perfecto cristiano, ni está animado del espíritu de Cristo. El mismo Señor llama bienaventurados á los que la poseen, y convida á todos á que le imiten en la mansedumbre y humildad de corazón. Prescindiendo por ahora de otros ilustres ejemplos que sobre la práctica de esta virtud nos presentan Hijo y Madre desde el pesebre hasta la cruz, limitémonos á considerar por un momento la mansedumbre de Jesucristo y de María en toda esta jornada. Avivad aquí vuestra fe.

El que sufre la persecución y huye de la ira de Herodes en esta ocasión es el Autor de la naturaleza, el Criador de todos los seres visibles é invi-

sibles, el que extendió como un hermoso pabellón los cielos, y sostiene con tres dedos toda la masa de la tierra, el que puso términos al mar, el Dios fuerte é irresistible, en cuya presencia todas las cosas son como si no fueran. ¡Con cuánta facilidad podía haber exterminado á Herodes en castigo de su atentado! Mas no son lecciones de cólera ó de ira las que viene á dar al mundo. Viene á enseñar mansedumbre á sus discípulos; porque ella es el ángel custodio de las demás virtudes. Conforme en todo y rendido á la voluntad de su Padre celestial, que le ha enviado á redimir al mundo, á manera de un manso cordero, sin voz, humillado, pronto á entregarse al sacrificio, y como si no tuviera redarguciones en sus labios, posee su alma en paciencia, en espíritu de lenidad y de mansedumbre. Por lo que hace á su santísima Madre, aunque afligida hasta el fondo de su alma en toda esta penosa y

dilatada peregrinacion, atendido el peligro é incomodidades del Hijo, tenia su corazon preparado, como la tabla del pintor, para que el Señor formase en ella el diseño segun su benéplácito. Verdadera imitadora de Jesucristo, se humilla con resignacion, y abraza con mansedumbre los trabajos y la cruz que le ofrece en esta jornada el Padre celestial. Las montañas mas ásperas y elevadas las suaviza y allana su rendida obediencia á las órdenes del cielo. Ceñida á cumplir la voluntad de Dios, mira como prados deliciosos y sembrados de flores los desiertos y arenales de Egipto; y á manera de una ligera nube, segun el vaticinio de Isaias, entra en aquel reino, llevando en sus brazos al Señor, á cuya presencia se conmueven y caen por tierra todos los falsos simulaeros.

Tal fue, señores, el resultado de esta célebre jornada, dispuesta por Dios para librar á su Hijo de la ira y

furor de Herodes. En vez de exterminarlo, quiso tolerar con mansedumbre el atentado de aquel príncipe, para darnos exemplo, y enseñarnos á dar lugar á la ira.

Hé aqui el medio mas prudente de corregir los funestos efectos de un vicio tan violento: medio acreditado por la práctica de los mayores héroes de santidad; medio intimado á todos los fieles por el apóstol S. Pablo. Traed, os ruego, á la memoria la conducta del patriarca Jacob con su hermano Esaú. Para calmar la ira de éste se arma de mansedumbre y de paciencia, peregrinando por mucho tiempo, como reflexiona S. Ambrosio, y por este medio logra no solo la reconciliacion con Esaú, sino las bendiciones de Dios. Ni olvideis la suavidad con que toleró David las maldiciones de Semé, y los sanguinarios atentados de Joab. Injuriado por sus enemigos, ¿cuántas veces decía este rey pacífico: quién tuviera á las como

la paloma para ir á buscar en la soledad la quietud, la paz y el descanso? ¿Mas á qué fin exemplos extraños teniendo á la vista el exemplar de la verdadera mansedumbre en Jesucristo, y la mas perfecta copia de este divino original en María su santísima Madre? Jesucristo paciente, manso y humilde, sufre la persecucion y el destierro; y María, conforme en todo y resignada con la voluntad de Dios, tolera con espíritu dulce y pacífico todas las aflicciones inseparables de una persecucion tan violenta, y de una fuga tan expuesta á los peligros y trabajos.

O Dichosos vosotros, señores, si sabéis aprovecharos de tan saludables documentos. Dichosos, si sabéis poseer vuestra alma en la paciencia. Dichosos, si sabéis dar lugar á la ira, para evitar sus funestos efectos. Cesarán entonces las discordias, las enemistades, las blasfemias, las venganzas, las muertes violentas, y otros muchos atentados en la república.

Florecerá la paz y la concordia en las familias, la caridad entre los hermanos, y la reconciliacion entre los enemigos. ¿Qué mas? Sereis bienaventurados, segun las escrituras, en la tierra y en el cielo; en la tierra, por la tranquilidad y paz que gozaréis en el alma si sois mansos y humildes de corazon; y en el cielo, porque conservando por medio de esta virtud la union y la caridad fraterna en el mundo, alcanzaréis las promesas eternas.

¡O Madre dolorosísima! vuestros hijos adoptivos, perseguidos de muerte eterna por el comun enemigo, que continuamente nos rodea para devorarnos, nos acogemos á vuestro patrocinio. Desterrados y peregrinos en el Egipto de este mundo, padecemos la mas dura violencia de parte de nuestra concupiscible é irascible. Affigidos en este valle de lágrimas, suspiramos como los israelitas sobre las márgenes de los rios de esta infeliz

Babilonia por la celestial Jerusalem. Mas las duras cadenas de nuestros pecados nos impiden esta marcha. El espíritu de ira y de furor nos arrastra al precipicio eterno. ¿Quién ¡ó Madre nuestra! nos desatará de estas fuertes ligaduras, si nos falta vuestro patrocinio? ¿Quién iluminará las tinieblas de este Egipto, si vos no nos servís de columna de luz? Conocemos que somos indignos; pero somos hijos de vuestros dolores. Compadeceos nuestra miseria, pues llegamos á vuestros pies arrepentidos. Desde el trono de vuestra grandeza arrojad sobre nosotros una mirada favorable. Alcanzadnos mansedumbre y espíritu de afabilidad cristiana, para que viviendo en paz, en amor de Dios y en caridad sobre la tierra, merezcamos las promesas eternas. Amen. DIXE.

DIA III.º

PÉRDIDA EN EL TEMPLO.

Fili: quid fecisti nobis sic? Ecce pater tuus, et ego dolentes querebamus te.

Luc. II. 48.

¡Hijo! ¿cómo has hecho esto con nosotros? tu padre y yo te buscábamos llenos de dolor.

SEÑORES:

Estas palabras de reconvección y sentimiento, dichas por nuestra gran Reyna á su santísimo Hijo en ocasion de haberle hallado en el templo de

Babilonia por la celestial Jerusalem. Mas las duras cadenas de nuestros pecados nos impiden esta marcha. El espíritu de ira y de furor nos arrastra al precipicio eterno. ¿Quién ¡ó Madre nuestra! nos desatará de estas fuertes ligaduras, si nos falta vuestro patrocinio? ¿Quién iluminará las tinieblas de este Egipto, si vos no nos servís de columna de luz? Conocemos que somos indignos; pero somos hijos de vuestros dolores. Compadeceos nuestra miseria, pues llegamos á vuestros pies arrepentidos. Desde el trono de vuestra grandeza arrojad sobre nosotros una mirada favorable. Alcanzadnos mansedumbre y espíritu de afabilidad cristiana, para que viviendo en paz, en amor de Dios y en caridad sobre la tierra, merezcamos las promesas eternas. Amen. DIXE.

DIA III.º

PÉRDIDA EN EL TEMPLO.

Fili: quid fecisti nobis sic? Ecce pater tuus, et ego dolentes querebamus te.

Luc. II. 48.

¡Hijo! ¿cómo has hecho esto con nosotros? tu padre y yo te buscábamos llenos de dolor.

SEÑORES:

Estas palabras de reconvección y sentimiento, dichas por nuestra gran Reyna á su santísimo Hijo en ocasion de haberle hallado en el templo de

no por espacio de tres dias entre sus parientes y conocidos.

¡Pérdida inconsolable! ¡amargo triduo! ¿A quién **compararé** la afliccion de María en **estas** circunstancias? *El Niño no parece*, diria con mas amargura que **Rubén** hablando de Josef el antiguo, *el Niño no parece*, ¿dónde iré yo? “Me levantaré, diria con la esposa de los cánticos, circuire la ciudad por los arrabales, registraré las encrucixadas y plazas, buscando al amado de mi alma. ¡Mas ah! que lo he buscado y no le hallo. Hijas de Jerusalén, yo os ruego, que si halláreis á mi amado le digais que estoy enferma de amor.”

¡O Madre la mas tierna y la mas hermosa de las mugeres! “¿qué señas tenia tu amado? Mi amado es blanco y rubio, escogido entre millates, y el mas hermoso entre los hijos de los hombres. ¿Dónde te has ido, amado de mi corazón? Muéstrame otra vez tu rostro, en quien de-

sean mirarse los ángeles: suene tu voz á mis oidos, porque ella es dulce, y hermosa tu figura.”

Asi es de creer gemiria esta aflicta tórtola en la pérdida de su Hijo y divino consorte. Paréceme verla discurrir con mas amargura que Ana, madre del jóven Tobias, por todas las sendas por donde pudiera descubrirle. En este conflicto terrible persevera por espacio de tres dias, sin cesar de buscar á su amado, como el buen pastor á la oveja perdida, ó como la muger del evangelio su dracma, hasta que al fin le encuentra en el templo disputando con los doctores de la ley, en cumplimiento de la mision de su Padre celestial.

Hé aqui, señores, un bosquejo, aunque rudo, de la afliccion de María, y de los sentimientos de su corazón en la pérdida de su Hijo: hé aqui el mas perfecto modelo de solitud para buscar á Dios; y hé aqui

la mas viva censura de nuestra pereza en avanzar el negocio gravísimo de la salud eterna.

Para formar justa idea de estas interesantes verdades es necesario reflexar, que por el pecado mortal perdemos á Dios nuestro único fin: pérdida lamentable, y que solo puede repararse por medio de nuestra solicitud en buscar al Señor sinceramente, con dolor de haberle perdido. En esto consiste el importante, el único negocio de la salud eterna; negocio á que fuimos destinados en Cristo antes de la constitucion del mundo, para que fuesemos santos é inmaculados en su presencia; como se explica el Apóstol; negocio, en fin, que debe ocupar de por vida nuestra mente, nuestro corazón y nuestras manos, para ser eternamente felices. Reflexemos.

1 Como Dios nos crió para que le sirvieramos durante la vida, y le gozamos en la eternidad, nada pide

tanta meditacion, dice S. Ambrosio, como el estudio de la salud del alma; pues si ella padece detrimento, y pierde á Dios, ¿de qué utilidad podrá servir al hombre la consecucion del mundo entero, como se explica Jesucristo? Por falta de esta meditacion perece la mayor parte de los mortales, dice un padre de la Iglesia; y el santo profeta Jeremías atribuye la desolacion del universo á la falta de meditacion sobre el negocio de la salud eterna: *desolatione desolata est omnis terra, quia nullus est qui recogitet corde.* El sabio busca á Dios meditando las cosas espirituales; el necio, el ignorante solo se ocupa en lo terreno. Aquel contempla las cosas invisibles, dice S. Pablo, y éste solo fixa sus ojos sobre la tierra, segun la expresion de los Proverbios: pasa su vida en placeres, y descende en un momento al infierno, como Job se explica.

2 Ni basta meditar tan grande

asunto. Es necesario que el corazon tenga en él parte ; esto es, que sinceramente lo desee , á fin de aprovechar los medios que la religion nos prescribe en orden á su feliz éxito ; pues si miramos con negligencia estos medios , jamas hallaremos á Dios ; es decir , nunca obtendremos el fin para que nos crió. Escrito está que no recibirá el galardón ó premio el siervo perezoso, ni será coronado sino el que legítimamente peleare. El negligente , el perezoso quiere y no quiere , dice el Espíritu Santo : *vult , et non vult piger*. Quiere la bienaventuranza , mas no seguir las sendas que conducen á ella ; quiere entrar en la gloria , mas no por la puerta estrecha que la moral saná nos prescribe ; quiere regocijarse con Cristo , mas no seguirle con la cruz ; quiere.... digámoslo de una vez ; quiere salvarse sin observar la ley : *vult , et non vult piger*.

¿Y qué se sigue de esta negligencia criminal ? ¡ Ah ! oid lo que dixo S. Juan de parte del Señor al obispo de Laodicea. "Conozco tus obras, que no eres frio ni cálido... Mas por cuanto eres tibio , empezaré á arrojarte de mi boca." Estado infeliz , que compara un venerable á la casa que , segun S. Mateo , hallaron los demonios vacía y limpia ; esto es, dispuesta y preparada para invadirla y ocuparla. Es verdad que los tibios carecen de grandes pecados ; pero su negligencia misma provoca al Señor á escasearles sus gracias , sin las cuales nada pueden obrar en orden á su salud eterna. Sus débiles conatos , sus voluntades lánguidas , sus deseos remisos de buscar á Dios son indignos de un cristiano , y solo á propósito para provocar la ira del Señor : *sed quia tepidus es , et nec frigidus , nec callidus , incipiam vomere te ex ore meo*. El negocio pues de nuestra salud eterna exige no solo

nuestra meditacion y deseos, sino tambien nuestras obras.

3 Este es, señores, el negocio propiamente nuestro, que tanto nos recomienda S. Pablo. Los asuntos que no pertenecen á nuestra salvacion no son nuestros exclusivamente. Si trabajais por ser sabios en medicina, ó por sobresalir en los derechos, no solo es asunto vuestro, sino de los enfermos que curais, ó de los litigantes que defendeis, ó cuyas diferencias componeis. Mas el de buscar á Dios es negocio propio de cada uno, y sobre él debemos trabajar sin intermision.

A esto alude el Señor cuando dice por su profeta: saldrá el hombre á su trabajo y á sus labores hasta la tarde: para darnos á entender, que desde que tenemos el uso de la razon hasta la muerte no debemos perder de vista el importante negocio de nuestra salud eterna; porque solo será salvo, dice Jesucristo, el que

perseverare hasta el fin. Buscad pues á vuestro Dios, á quien habeis perdido por la culpa: buscadle con diligencia y solicitud, con vuestra mente, con vuestro corazon, con vuestras obras; buscadle con dolor y con perseverancia, á imitacion de María, y le hallaréis.

II. ¡Mas ah! ¿quién no admira la vergonzosa negligencia de la mayor parte del pueblo cristiano en buscar á su Dios, y en promover el negocio únicamente importante de su salud eterna? Si por el fruto en efecto se conoce el árbol, segun el evangelio y la experiencia; ó para decirlo sin figura, si por las obras hemos de juzgar de la solicitud ó desidia con que tratais el asunto de vuestra salud eterna, hallaremos que los mas ó la despreciais, ó la olvidais. Confesadlo de buena fe. Vosotros habeis levantado públicamente el estandarte del crimen. Vuestro corazon endurecido ha sacudido la veneracion debida á la palabra de Dios,

y aun cuando honrais al Señor con los labios, vuestro corazon, segun la expresion de un profeta, suele estar bien lejos de Dios.

¿Pondero yo, señores? ¿No teméis que el mundo profano y corrompido os tenga por devotos? ¿No es esto avergonzarse del evangelio? ¿No es despreciar tácitamente el culto exterior, que no os atreveis á profesar en público, por no exponeros á la censura de los libertinos? ¿Ah, cuán lamentable es vuestra suerte! Jesucristo ha revelado que os desconocerá ante su Padre celestial porque os avergonzais de su doctrina sobre la tierra, y despreciais la santidad á que fuisteis llamados antes de la constitucion del mundo. Cuando se trata de negocios terrenos meditais profundamente sobre ellos, adoptais los medios que juzgais mas á propósito, y trabajais sin cesar por lograr un feliz éxito. ¿Y en orden al negocio de vuestra salud eterna?

¿Ah! yo os veo lince para lo terreno, y ciegos topos para las cosas del espíritu; os veo caminar tranquilamente sobre el borde del abismo, sin notar el terrible caos del infierno abierto baxo vuestros pies; os oigo remitiros al tiempo futuro para buscar á Dios y emprender el árduo negocio de vuestra salvacion. ¿Insensatos! ¿teneis á vuestra disposicion el tiempo, la gracia ó la voluntad de convertirlos? ¿Ignorais que cuando llegueis al colmo de los pecados lo despreciaréis todo, como se explica el sabio? Los consejos, las amenazas, la santidad, el espíritu de penitencia, la bienaventuranza misma, todo lo miraréis con desprecio, ó lo tendreis por nada, como dice un profeta: *pro nihilo habuerunt terram desiderabilem.* ¿No podré yo concluir de aqui, que el negocio de la salud eterna, que debia principalmente ocupar la mente, el corazon y el desvelo de los mortales, es de or-

dinario la cosa mas despreciada ó mas olvidada de ellos?

Exáminad vuestro interior sin indulgencia, y hallaréis testimonios irrefragables de esta verdad. Desde la cuna hasta el sepulcro ¿cuántos hay que se ocupen seriamente en buscar á Dios, y obrar su salud eterna? Aun los párvulos mismos, apenas llegan al uso de la razon ¿no empiezan ya á olvidar á Dios? ¿Su corazon no ama el crimen aun antes de conocerlo bien?

¡Ah! el seno de las madres, según la expresion de un profeta, viene á ser de ordinario el sepulcro de la virtud: *erraverunt ab utero*. Jóvenes insensatos; vosotros sepultais en el olvido todos los intereses de la salud eterna, entregándoos á la disolucion: *tenebroso oblivionis velamento dispersi sunt*. Madres imprudentes, idólatras de vuestras hijas, que solo las instruis en el arte de agradar al mundo; que en lugar de alabanzas

de Dios solo poneis en sus labios canciones teatrales; que siempre las hablais de la ciencia del mundo, y jamas de la de los santos, ¿no es esto hacerlas errar desde el útero?

Erraverunt ab utero.

Pero no limitemos nuestra acusacion contra solas las madres de familias, aunque sean las mas culpables en esta parte. Reflexemos por un momento sobre las gentes de todos estados y de todas condiciones. ¿En qué ocupan de ordinario su mente, su corazon y solicitudes? En todo menos en buscar á Dios para salvarse. Pasarlo bien, gozar del mundo, adquirir empleos honoríficos, abrirse camino, aunque por sendas torcidas y á fuerza de intrigas, á una fortuna brillante, tomar todas las medidas que sugiere la malicia, para suplantar á un rival, ó triunfar de un enemigo, acumular tesoros por medio de usuras y monopolios: ¿no son estos los objetos or-

dinarios de vuestros desvelos? ; Ah !
 con cuánta justicia se queja el Señor
 por un profeta , que es lo que hay
 mas olvidado en el mundo : *oblivio-
 ni datus sum , sicut mortuus à corde.*

Todos estudian en la avaricia , y
 ninguno en la salud eterna : *omnes
 avaritiæ student... nullus est qui re-
 cogitet corde.*

No os engañeis , mortales ; Dios
 no será burlado. Vosotros no halla-
 réis al Señor sino imitando á María.
 Perdida por el pecado mortal la gra-
 cia primitiva , solo nos queda el asilo
 del sacramento de la reconciliacion ó
 penitencia. Para hallar pues á Dios
 que se ha alejado de nosotros por
 nuestras culpas , es necesario bus-
 carle con diligencia ; es decir , es
 menester examinar bien nuestra con-
 ciencia para confesar y detestar nues-
 tros pecados. Es necesario buscar á
 Dios con dolor de haberle perdido ;
 porque de otra suerte no le halla-
 rémos ; esto es , no se nos perdo-

narán los pecados. Es necesario bus-
 carle con perseverancia y con firme
 propósito de no perderle jamas por
 medio de nuevas culpas. Así le ha-
 llarémos en el templo entre los doc-
 tores que la Iglesia nuestra madre
 nos ha puesto. A estos debemos con-
 sultar nuestras dudas , y obedecere-
 mos sus preceptos. Ellos serán nues-
 tros maestros y nuestras guias para
 hallar á Dios. Ellos nos reconcilia-
 rán con el Señor , como ministros y
 dispensadores de sus misterios ; y si
 en esta disposicion permaneciéremos
 hasta el fin , seremos salvos : *qui au-
 tem perseveraverit usque ad finem ,
 hic salvus erit.* Sacudid pues ese es-
 píritu de negligencia y de pereza ,
 que os adormece y aturde , y ma-
 nejad desde hoy solícitos el nego-
 cio únicamente importante de vues-
 tra salud eterna , baxo la protec-
 cion de esta Señora , que desde el
 sòlio de grandeza que ocupa oi-
 rá vuestro clamor , y obtendrá el

feliz éxito de vuestras súplicas.
 ¡Augusta y soberana Madre! los hijos de vuestros dolores imploran hoy vuestra clemencia. Hemos pecado y perdido á Dios por nuestras culpas. Mas convencidos de nuestra iniquidad, le buscamos arrepentidos y llenos de dolor. No dudamos ¡dulce Madre! hallarle propicio por medio de vuestra alta proteccion. Alentad nuestra esperanza, y alcanzadnos su gracia, para que sirviéndole y alabándole en vida, le gocemos con vos en la eternidad. Amen. DIXE.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



DIA IV.º

CALLE DE LA AMARGURA.

*Bajulans sibi crucem, exiuit in eum,
 qui dicitur calvariae locum.*

Joann. XIX. 17.

SEÑORES:

¡Qué espectáculo tan raro, tan grande, tan inaudito vengo á presentar en esta hora á los ojos de vuestra fe! Jesucristo, verdadero Dios y Hombre, santo, justo, impecable, y Soberano de la naturaleza; cargado por las calles de Jerusalén con la pesada cruz de vuestras culpas, para reconciliarnos con el Padre celestial, ofreciéndole por nuestra redencion y santificacion el sacrificio de su pre-

feliz éxito de vuestras súplicas.
 ¡Augusta y soberana Madre! los hijos de vuestros dolores imploran hoy vuestra clemencia. Hemos pecado y perdido á Dios por nuestras culpas. Mas convencidos de nuestra iniquidad, le buscamos arrepentidos y llenos de dolor. No dudamos ¡dulce Madre! hallarle propicio por medio de vuestra alta proteccion. Alentad nuestra esperanza, y alcanzadnos su gracia, para que sirviéndole y alabándole en vida, le gocemos con vos en la eternidad. Amen. DIXE.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



DIA IV.º

CALLE DE LA AMARGURA.

*Bajulans sibi crucem, exiuit in eum,
 qui dicitur calvariae locum.*

Joann. XIX. 17.

SEÑORES:

¡Qué espectáculo tan raro, tan grande, tan inaudito vengo á presentar en esta hora á los ojos de vuestra fe! Jesucristo, verdadero Dios y Hombre, santo, justo, impecable, y Soberano de la naturaleza; cargado por las calles de Jerusalén con la pesada cruz de vuestras culpas, para reconciliarnos con el Padre celestial, ofreciéndole por nuestra redencion y santificacion el sacrificio de su pre-

ciosa sangre; y el hombre redimido y destinado en los consejos de Dios á la santidad y á la pureza de vida, abismado en la sensualidad, y entregado á las pasiones mas vergonzosas. ¡Qué espada tan penetrante para el corazón de María! El Unigénito de Dios y fruto de sus entrañas abrumado baxo un duro leño, donde va á perder la vida por el hombre, y éste rebelado contra su Redentor. María poseida del mas profundo dolor al ver á Jesucristo hecho el oprobrio de Israel, y á los hijos que debia adoptar sobre el Calvario entregados á una vida mole, voluptuosa y lúbrica. ¿Qué os parece, señores, del conflicto en que fluctúa el corazón de María?

Yo no haré mas que exponer brevemente esta afliccion, para estimularos á ser puros é inmaculados delante de Dios. Nó es esta una proposicion arbitraria, sino fundada sobre los mas sagrados oráculos. Ellos nos

enseñan, que los pecados fueron la causa de la muerte de Jesucristo; y S. Juan dice, que todos los pecados del mundo se reducen á la concupiscencia de la carne, á la concupiscencia de los ojos, y á la soberbia de la vida. Es pues innegable que la vida sensual fue una de las concausas principales de esta trágica escena. Con arreglo á estos principios reflexionemos en primer lugar sobre el acerbo dolor de María en estas circunstancias; y en segundo, sobre los deplorables efectos de la luxuria. Pidamos las luces del Espíritu Santo postrándonos con sumision ante aquel augusto y adorable Señor Sacramentado.

I. Por poco que reflexemos sobre el triste objeto que se presenta en la calle de la Amargura á los ojos de María, la veremos penetrada de un dolor imponderable. Ella corre presurosa en pos de su amabilísimo Hijo, no tanto al olor de sus unguentos,

como de sus penas. Ve á este inocente Abél sacado por sus hermanos al campo como una víctima de su envidia; á este divino Isaac, que carga sobre sus delicados hombros la leña para el sacrificio; es decir, el duro leño en que va á ser crucificado; le ve rodeado de ministros y sayones que lo tratan con inhumanidad; sin especie ni hermosura el mas hermoso entre los hijos de los hombres; cubierto de polvo, de salivas y blasfemias el Santo de los santos; oprimido baxo el grave peso de la cruz, ó por mejor decir, el de nuestros pecados, el Soberano de la naturaleza, que sostiene con tres dedos toda la masa de la tierra.

¿Es este; ó Madre afligida! el Unigénito de Dios, á quien con tanta verdad concebiste en tiempo en vuestras entrañas por obra del Espíritu Santo, como por toda la eternidad le engendra el Padre celestial en el esplendor de los santos? Este es mi

Hijo único, mi muy amado, y en quien siempre me he complacido, entregado en esta hora en manos de los pecadores, al poder de las tinieblas, y á la justicia de su Eterno Padre. Reconocedle vosotros y adoradle, amados hijos de mis dolores. Este Dios humillado, abatido y postrado baxo el grave peso de vuestras culpas, es el Dios escondido, que anunció á los mortales un profeta; este es el heredero de la viña, que va á ser sacrificado por sus mismos colonos; el Dios fuerte, que mira la tierra, y la hace estremecerse, que toca los montes, y los convierte en humo; el Dios triunfador de la muerte y del infierno, que lleva sobre sus hombros el imperio; esto es, la cruz, este glorioso estandarte, baxo el cual deben alistarse algun dia todos los reyes de la tierra. El Señor le dará la silla de David su padre, reinará eternamente sobre la casa de Jacob, y su reino no tendrá fin. Reconocedle pues, y

adoradle en espíritu y verdad, aunque en esta hora le veais hecho un varon de dolores y á manera de un leproso; porque es necesario se cumplan las profecías, y que el Hijo de Dios sea ofrecido en sacrificio por la salud del pueblo.

Mas á pesar de esta consideracion, y de que mi voluntad está conforme con la del Padre celestial, mi corazon está turbado, me han desamparado mis fuerzas, y no hallo quién me consuele sobre la tierra. Yo le amo como una madre ama á su hijo único, el mas amable de todos los hijos; y el Omnipotente me ha llenado en esta hora de inconsolable amargura, haciéndome testigo de sus penas. Esta mi amarga afliccion, capaz por sí sola de quitarme la vida, crece al considerar á mi dulcísimo Hijo, que lleno todo de amor padece por el hombre, y que éste ha de vivir sumergido en el lodo de la sensualidad, este vicio capital, opuesto á la dignidad

del hombre, y á la santidad del cristiano: segunda reflexion, dividida en dos partes, que paso á exponeros con la posible brevedad.

II. El hombre formado á imagen de Dios, y dotado de inteligencia, es la obra principal de todas las criaturas visibles. Su constitucion es tan noble, que sin ocupar mas que un pequeño rincon de la tierra, revuelve cuando quiere en su pensamiento al universo. Pero es digno de admiracion, que conociéndose á sí mismo y á su Autor, no aplique su alma, que es su parte principal, sino en lisonjear su cuerpo. Olvidada asi la nobleza de su origen, se reduce el hombre sensual á la vil condicion de las bestias.

Para comprehender bien esta verdad, traed á la memoria, que cuando Dios crió al mundo, como reflexion. [®] na un sabio, sacó de la nada dos suertes de criaturas; á saber, espíritus y cuerpos, dando á cada uno inclinaciones conformes á su naturaleza. A los

ángeles, que son puros espíritus, dió inclinaciones espirituales, y á las bestias, que son cuerpos, inclinaciones corporales.

Mas al formar al hombre, que fue el último, le compuso de espíritu y de cuerpo. De un espíritu, dice el Nazianzeno, que constituye su grandeza, y de un cuerpo que forma su baxeza. De un espíritu que, segun Tertuliano, es como su cielo, y de un cuerpo que es como su tierra. De aqui provienen las inclinaciones entre sí opuestas del hombre: una ácia el cielo, conforme á la parte celestial; otra ácia la tierra, conforme á la parte terrena: una noble y espiritual, que viene de su alma; otra baxa y grosera, que viene de su cuerpo. Inclinaciones verdaderamente contrarias, pero subordinadas en el estado de la inocencia, porque la justicia original sometia la tierra al cielo, y la carne al espíritu.

No asi despues del pecado de Adán. La guerra sucedió á la paz, la rebe-

lion á la obediencia, y el hombre comenzó á no estar de acuerdo consigo mismo. Agitado de dos inclinaciones contrarias, quiere una cosa conforme á la ley del espíritu; pero la ley de la carne lo repugna. Dios, segun el Eclesiástico, lo dexó en este conflicto en manos de su consejo. Puso delante de sus ojos el fuego y el agua, el bien y el mal, la vida y la muerte. Lo que eligiere pues le será dado.

De aqui se sigue por una consecuencia necesaria, dice un sabio, que si en este combate interior se determina á elegir los bienes del espíritu, se elevará hasta la nobleza de los ángeles; pero si elige sumergirse en los placeres del cuerpo, quedará reducido á la vil condicion de las bestias. En este sentido habla el Real Profeta de los voluptuosos cuando dice: no querais ser como el caballo y el mulo, que carecen de entendimiento: *nolite fieri sicut equus, et mulus, quibus non est intellectus.*

¡Hombres carnales, entregados á placeres ilícitos! vosotros no habeis conocido vuestro honor, os diré con un profeta; vosotros habeis imitado á los jumentos, y os habeis hecho semejantes á ellos. En los Proverbios asimismo se compara la sensualidad á una dama cortesana, que despues de haber seducido al hombre, lo embrutece para mejor cubrirle de oprobrio, y deshonrarle delante de Dios y de los hombres. Lo conduce como una víctima que va á ser inmolada á una falsa divinidad; y la alegría frívola de este infelíz subsiste hasta que se siente herido de una mortal saeta: *donec transfigat sagitta jecur suum*; esto es, hasta que ha reconocido su yerro por los remordimientos de su conciencia, y que está embrutecido como otro Nabucodonosor.

Por mas que esta conducta sea indigna de la nobleza del hombre, es fuerza confesar que la mayor parte de los mortales viven tranquilamente

en tan infelíz estado. Los mas solo temen la muerte porque detiene el curso de sus placeres. ¡Cuántos adoptan el lenguaje sacrílego de los impios! “Despues de la muerte, dicen, seremos como si jamas hubieramos existido..... Venid, gocemos de los bienes, y usemos de las criaturas con celeridad como jóvenes..... Llenémos de vino y de unguentos preciosos, no sea que se nos pase la flor de la edad..... Coronémos de rosas antes que se marchiten..... No quede prado por el cual no pase nuestra luxuria..... El tiempo de nuestra vida es una sombra pasagera. Gocemos pues de los bienes presentes, y pensemos solo en divertirnos.” ¿No es este el idioma de las gentes del mundo? ¿No es esta la vida brutal que adoptan de ordinario? ¿Son dignos estos sentimientos de la nobleza del hombre? Yo os ruego, señores, concibais ideas mas análogas á vuestro nobilísimo origen, y mas dignas de la san-

tividad del cristianismo. Seguidme sin desmayar.

Dios, dice S. Pablo, nos eligió en Cristo antes de la constitucion del mundo, para que fuesemos santos é inmaculados en su presencia. Es pues la santidad el carácter moral del cristiano. ¿Y qué cosa mas opuesta á este carácter que una vida mole, impura y sensual? Para preservarnos de ella nos dice Jesucristo: el que quiera venir detras de mí niéguese á sí mismo, tome su cruz diariamente, y sígame, sin lo cual no puede ser mi discípulo. Aplicaos á entender y grabar en vuestro corazon con caracteres indelebles estas enérgicas palabras, capaces por sí mismas de destruir el ídolo de la luxuria, y conducirnos por la senda inmaculada de la justificacion.

Personas de uno y otro sexó, de todas condiciones y estados, renunciad de vosotros mismos: no de la parte superior y espiritual, que es

el alma, sino de la inferior ó corporal, que hace continua guerra á vuestro espíritu. De ésta debéis renunciar para conservar vuestra alma. Debéis ademas renunciar de corazon de todo lo que poseeis, y estar dispuestos á perderlo todo antes que la piedad y el amor de Jesucristo.

Añade este divino Salvador, que para ser discípulos suyos es necesario tomeis la cruz diariamente; no la de Jesucristo, sino la vuestra propia, la de vuestro estado, edad y temperamento; es decir, que resistais uno al orgullo, otro á la des-templanza, otro á la cólera, sufriendo con paciencia, y aceptando con sumision todos los trabajos de esta vida; sufriendo ser perseguidos por la justicia, y tolerar en caso necesario los mayores suplicios por Jesucristo. A esto se agrega, que el que quiera ser su discípulo, le siga; esto es, oiga, reciba, medite, ob-

serve su ley santa , venerando su doctrina , é imitando su exemplo.

En este sentido concibió S. Pablo las palabras de su divino Maestro, cuando dice: los que son de Cristo han crucificado su carne con todos sus deseos desarreglados , y llevan siempre su muerte en su propio cuerpo , para manifestar que su vida es una vida de cruz y de sufrimientos. Esto mismo declara el santo concilio de Trento, diciendo que toda la vida de un cristiano debe ser una penitencia continua. Este ha sido el consentimiento unánime de los padres de la Iglesia , y ésta la práctica de todos los justos sobre la tierra.

El Bautista santificado en el vientre de su madre, viste de por vida un saco de penitencia. S. Pablo arrebatado al tercer cielo , y con todas las gracias de su apostolado , castiga su cuerpo y lo reduce á servidumbre, para que la concupiscencia , que llama ángel de satanás , no se rebele

contra la ley del espíritu, arrastrándole al precipicio y abismo de la impureza. Abismo insondable de iniquidad , pésima llaga, rotura insanable, según la expresión de Jeremías.

En efecto , señores , el cristiano voluptuoso y sensual ofrece continuamente incienso á un ídolo que se ha formado, no ya de madera ó metales, como los gentiles , sino de su propio cuerpo ; y esta especie de idolatría, dice un sabio , causa en muchas almas una llaga tan profunda, que produce de ordinario su inevitable ruina: *desperata est plaga ejus*, según la expresión de Miquéas. Aconsejad la enmienda á esta muger idólatra de sí misma, adherida al mundo , rodeada de frívolos adoradores ; la mas leve insinuación la incomoda y la altera. Ocupada únicamente en sus placeres, huye de sus mas útiles censores , y cual otra Samaritana , no quiere comercio alguno con los que ve aplicados á la ley de Dios. Si no recurrimos

pues á una gran misericordia de Dios, á un milagro de su gracia, ¿qué diremos de la llaga que la sensualidad ha causado en este y semejantes razones? *desperata est plaga ejus.*

¿Qué hay que admirarse? ¿No nos enseña la experiencia que la sensualidad encadena á sus esclavos? Hé aquí un testimonio auténtico de esta verdad en boca de un testigo de mayor excepcion. Hablo de San Agustin. La voluntad, dice este padre, empieza á pervertirse por el atractivo del placer que se le propone. Pervertida, el placer que gusta forma un amor desarreglado. Este se muda insensiblemente en hábito. Con esta cadena de fierro confiesa estaba cargado, la cual solo Dios podia romper por el milagro de su conversion.

Mas como estas suertes de milagros no son frecuentes, vemos muchos Augustinos pecadores, y pocos Augustinos convertidos; muchos Da-

vides adúlteros, y pocos Davides penitentes; muchas Magdalenas y Samaritanas escandalosas, y pocas verdaderamente convertidas. Y si me preguntais la causa de tan lamentable ruina, os diré con el profeta Oseas, que los que adolecen del contagio de la sensualidad jamas piensan en convertirse á Dios, porque el espíritu de luxuria habita en medio de ellos: *non dabunt cogitationes suas, ut revertantur ad Deum suum, quia spiritus fornicationis in medio eorum.*

¿Pero qué digo? ¿pretendo por ventura induciros á desesperacion, pecadores sensuales? Nada menos. Aun sumergidos en el profundo abismo de vuestra iniquidad, jamas debéis desesperar de la misericordia de vuestro Padre, que sabe convertir las piedras en hijos de Abraham. Mas cuando el mal es extraordinario, es menester que tambien lo sean los remedios. Las llagas canceradas no se curan con apósitos. Es necesario lle-

var la segur á la raíz, y cortar lo que ya está corrompido. Si el ojo, si el pie, si la mano te escandaliza, sácalo, córtalo, arrójala de ti, dice Jesucristo; que vale mas entrar en el cielo tuerto, coxo ó manco, que en el infierno con todos los miembros sanos. Esto quiere decir, que arrojemus de nosotros todo lo que nos separa de Dios, por mas útil que nos sea, por mas que lisonjee nuestro placer y nuestro gusto; porque cuando la llaga es desesperada, es necesario aplicar el fierro y el fuego, y experimentar sus rigores para aspirar á la sanidad.

Agregad á esto el espíritu de penitencia, sin la cual es inevitable vuestra perdicion eterna. Para que esta penitencia sea saludable y fructuosa, es necesario lavar con lágrimas de dolor vuestros pecados, con propósito firme de la enmienda; es necesario mortificar vuestros miembros, para sujetar la rebelde concu-

piscencia, vivir mortificados con Cristo, muertos al mundo, y mirar como primera ocupacion el importante y único negocio de vuestra santificación.

No olvidéis pues, os ruego, los deberes que os imponen la cualidad de hombres y el carácter de cristianos. Por hombres sois nobles en vuestro origen como formados á imágen y semejanza de Dios. Por cristianos sois llamados á miras muy elevadas; es decir, sois elegidos en Cristo para ser santos é inmaculados en su presencia, como dice S. Pablo; y si por vuestra sensualidad os habeis hecho semejantes á las bestias, degenerando asimismo de la santidad á que fuisteis destinados, volved en vosotros mismos, y no queráis agravar de vuestra parte la cruz de Jesucristo, ni renovar las causas de los dolores de su Madre por medio de vuestra vida mole, torpe y sensual. "Sabed, concluyo con S. Pablo, sabed, que si vivis segun la

carne, moriréis; pero si sujetáreis las pasiones al espíritu, viviréis eternamente."

Para conseguir tanta felicidad, acogeos contritos y humillados baxo la proteccion de esta Madre dolorosa y compasiva. Implorad su clemencia, mas con el corazon que con los labios, y la hallaréis propicia. ¿Qué pedirá esta divina Betsabé á su Hijo dulcísimo á favor de sus verdaderos devotos, que no le conceda este Dios de las misericordias? Avivad vuestra fe, alentad vuestra confianza, dilatad vuestra caridad. El cielo espera vuestra conversion al Señor. Volved pues, hijos pródigos, volved á la casa de vuestro Padre Dios, que os espera con los brazos abiertos: confesad vuestros delitos con espíritu de dolor y compuncion, y con firme propósito de enmendar vuestra vida, y el Señor, que todo es bondad, os vestirá de su gracia. Amen. DIXE.

DIA V^o

SOBRE LA CRUCIFIXION.

Postquam venerunt in locum, qui vocatur calvaria, ibi crucifixerunt eum.

Luc. XXIII. 33.

SEÑORES:

¡Qué espectáculo tan lamentable é inaudito nos presenta la trágica escena del Calvario! Un Dios Hombre desfalleciente, entregado en manos de los pecadores, condenado á muerte afrentosa, desnudo y expuesto á la irrision del pueblo, coronado de espinas, crucificado entre dos ladrones, fugitivas sus fuerzas, y derramando su preciosa sangre en abundancia hasta

carne, moriréis; pero si sujetáreis las pasiones al espíritu, viviréis eternamente."

Para conseguir tanta felicidad, acogeos contritos y humillados baxo la proteccion de esta Madre dolorosa y compasiva. Implorad su clemencia, mas con el corazon que con los labios, y la hallaréis propicia. ¿Qué pedirá esta divina Betsabé á su Hijo dulcísimo á favor de sus verdaderos devotos, que no le conceda este Dios de las misericordias? Avivad vuestra fe, alentad vuestra confianza, dilatad vuestra caridad. El cielo espera vuestra conversion al Señor. Volved pues, hijos pródigos, volved á la casa de vuestro Padre Dios, que os espera con los brazos abiertos: confesad vuestros delitos con espíritu de dolor y compuncion, y con firme propósito de enmendar vuestra vida, y el Señor, que todo es bondad, os vestirá de su gracia. Amen. DIXE.

DIA V^o

SOBRE LA CRUCIFIXION.

Postquam venerunt in locum, qui vocatur calvaria, ibi crucifixerunt eum.

Luc. XXIII. 33.

SEÑORES:

¡Qué espectáculo tan lamentable é inaudito nos presenta la trágica escena del Calvario! Un Dios Hombre desfalleciente, entregado en manos de los pecadores, condenado á muerte afrentosa, desnudo y expuesto á la irrision del pueblo, coronado de espinas, crucificado entre dos ladrones, fugitivas sus fuerzas, y derramando su preciosa sangre en abundancia hasta

la tierra; y una Madre la mas amante de todas, que por seguir con fidelidad á su Hijo, le acompaña en este conflicto, arrimada al pie de la cruz, viéndole morir por la salud del hombre, ¿no son estos los dos objetos que presenta el evangelio en esta hora á los ojos de nuestra fe? ¡Qué espada tan penetrante y aguda para el tierno corazón de María! ¿Hay dolor, os ruego, comparable á este dolor?

¡Ah! qué sé yo, señores, si diga que fue mucho mas agudo y penetrante el que le causó la ingratitude del hombre, por quien su Hijo muere lleno todo de amor. Ella en efecto sabe que está escrito en el gran libro de los decretos de Dios, que muera su Unigénito para redimir al hombre criminal; sabe que voluntariamente ha aceptado esta mision, y que á este fin ha tomado cuerpo por obra del Espíritu Santo en sus virginales entrañas. Sabe que este divino testamento de la reparacion

del hombre no ha de tener cumplimiento hasta la muerte del testador. Mira pues como indispensable que muera su Hijo para reconciliar el cielo con la tierra, borrando con su preciosa sangre el decreto de la condepacion del hombre. Siente como una Madre la mas tierna y afectuosa todos sus trabajos, sus afrentas y su muerte ignominiosa, pero conforme en todo á la voluntad del Eterno, que así lo ha determinado.

Mas cuando considera la ingratitude del hombre rebelado contra su Criador, y que ha de renovar las causas de su crucifixion por medio de nuevos y horrendos crímenes, entonces me parece la oigo exclamar con un profeta: asombraos, cielos, sobre tan gran maldad. ¿Mi Hijo lleno de caridad, derramando su sangre por el hombre, y éste despreciando el infinito precio de tan copiosa redencion? ¿El Salvador desnudo y clavado en una cruz por el hombre,

Tom. XI. G

y éste entregado al lujo de los vestidos, de la mesa, de los placeres sensuales y abundancia de licores? ¿Es posible han de vivir así los hijos de mi dolor?

¡Ah! consultad, señores, vuestro interior y vuestras obras, y hallaréis testimonios auténticos de esta verdad, tan amarga para el corazón de María: hablo de la gula, este vicio capital, tan injurioso á Dios, y tan comun en el pueblo cristiano, principalmente entre las gentes del gran mundo. Hé aquí uno de los acerbos dolores que junto con la crucifixión de su Hijo afligen el corazón de María sobre el monte Calvario. Reflexemos brevemente sobre uno y otro motivo, para tener ocasión de alabar á Jesucristo por su infinita caridad, y corregir un vicio que tanto nos aleja del Señor. Procedamos con la bendición de aquel augusto y soberano Señor Sacramentado.

I. Para formar justa idea del vehemente dolor de María al pie de la cruz, figuraos á esta gran Reyna viendo á su amabilísimo Hijo en el mayor desamparo, exáltado sobre aquel duro leño, y recogiendo sus últimos alientos. Avivad aquí vuestra fe para considerar estos tres poderosos motivos de los dolores de María en esta hora.

¿Quién, señores, lo creyera, á no constar por testimonios tan irrefragables, que el Unigénito de Dios, y esplendor de su gloria, se viese reducido á un tal conflicto? ¿No es el Verbo Eterno, por quien todas las cosas visibles é invisibles en el cielo y en la tierra fueron hechas? ¿No exige de justicia que todas las criaturas á su modo le adoren y rindan homenaje? ¿Cómo ahora en tanto desamparo? De sus discípulos uno le ha vendido, otro le ha negado, y todos han huido. Los ángeles están suspensos, y aun el Eterno Padre

parece no le oye, ó que no atiende á su lamento; pues poco antes de morir le oimos clamar con estas sentidísimas palabras: *¡Padre mio! ¡Padre mio! ¡porqué me has desamparado?* Vos sola *¡ó Madre mia!* Vos sola con algunas piadosas mugeres le haciais compañía en tan triste situación, para aumentar sus penas y las vuestras, y ser testigo fiel de su ignominioso suplicio.

Alli *¡ó dulce Madre!* visteis á este nuevo Adán destrudo sobre la cruz, para cubrir la ignominia que causó al primero en el paraíso su vergonzosa desnudez. Alli visteis á este nuevo Abél, sacado por su hermano al campo para hacerlo víctima de su furor y de su envidia. Alli visteis á este nuevo Isaac colocado sobre el leño en que va á ser sacrificado; horadados sus pies y manos con unos duros clavos que habian penetrado espiritualmente vuestra alma, conforme al vaticinio de Si-

meon. Alli visteis sin especie ni hermosura aquel divino rostro, mas hermoso que el de todos los hijos de los hombres; rostro adorable, que tantos reyes quisieron ver, y no pudieron; rostro el mas amable, y en quien desean mirarse los ángeles. Alli visteis cubierto de oprobrio y de ignominia al Soberano de la naturaleza, y hecho un vil gusano de la tierra el que es mas elevado que los cielos.

¿Qué mas? Alli recogiste *¡ó Madre mia!* los últimos alientos de su espíritu, llenos todos de amor, de caridad y de dulzura. Le oiste pedir al Padre Eterno el perdon de sus enemigos. Le oiste prometer al buen Ladron el paraíso. Le oiste manifestar la sed que tenia de padecer por la salud del hombre. Le oiste declararos en persona de S. Juan Madre nuestra. Oiste de sus labios que todo estaba consumado; el cielo reconciliado con la tierra, el nuevo

testamento ya sellado, la justicia del Padre satisfecha, cumplido el deseo de los justos, y borrado el decreto de nuestra condenacion. Le viste en fin inclinar la cabeza y espirar, insultado y blasfemado por aquel pueblo ingrato.

¿Qué os parece, señores, del dolor de María á presencia de tan sacrilego atentado? Privada de su Hijo, viuda de su Esposo, huérfana de su Padre, busca y no halla quien la consuele sobre la tierra, porque su consolador, como habia anunciado un profeta, se ha retirado mucho, y sus hijos andan perdidos por haber prevalecido el enemigo. Su corazon está turbado, la han desamparado sus fuerzas, la luz de sus ojos ha desaparecido, y ya no está con ella, como David se explica. ¡O Hijo de mis entrañas! diria con este profeta, ¡ó si se hubiera concedido que muriese yo por vos, para no veros morir hecho el oprobrio y la irrisión

de la plebe en medio de los mayores tormentos!

II. Mas no olvidemos, señores, el acerbo dolor que penetró el corazon de María al considerar que muchos de los hijos que habia adoptado sobre el Calvario renovarían sus penas en la sucesion de los siglos, y crucificarían de nuevo (quanto es de su parte) á Jesucristo, por medio de la gula, este vicio capital y abominable, injurioso á Dios, perjudicial á la sociedad y á ellos mismos. Renovad aqui vuestra atencion.

I La gula consiste en un apetito desordenado de comer y beber; vicio diametralmente opuesto á la sobriedad ó templanza cristiana. Cuán injurioso sea á Dios consta de las sagradas letras. Los que se entregan á este vicio, dice el Apóstol de las gentes, no sirven á Cristo, sino á su vientre; y en su epístola á los filipenses llama á los gulosos enemigos de

la cruz de Cristo, que colocan toda su gloria y su dios en el vientre. De los mismos dice (hablando á los hebreos), que cuanto está de su parte crucifican de nuevo y desprecian al Hijo de Dios. ¿Qué cosa pues mas injuriosa al Señor que posponerlo al vil apetito de la gula?

¿Ah! ¿cuántos no han apostatado del verdadero Dios, y renunciado de las delicias inefables de su gloria, por satisfacer á las de su apetito y de su vientre? ¿No fue una especie de gula ó falta de templanza la que hizo prevaricar á nuestros primeros padres, gustando la fruta del árbol prohibido? ¿No fue este vicio por el que Esaú perdió su primogenitura (es decir, las bendiciones del cielo y de la tierra), transfiriéndola á Jacob por un plato de lentejas? ¿No fue la gula la que dió ocasion á los israelitas á que adorasen el becerro de oro?

En efecto, mientras Moysés estaba

sobre el monte recibiendo las tablas de la ley se sentaron á comer y beber, dice el sagrado texto, y de resultas se levantaron á idolatrar. Además, ¿quién no se estremece al oír al rico del evangelio lamentarse de la llama que le devora en el abismo? ¿Y en qué consistió su pecado? En el ordinario de los ricos. *Se vestía de púrpura, dice S. Juan, y de lienzo finísimo, y comía con esplendidez diariamente.* En castigo de esta gula y del espíritu de avaricia que ella engendra fue sepultado en el infierno, donde clama devorado por una terrible llama y una ardiente sed, sin tener quien le refrigere sus fauces con una gota de agua. *Crucior in hac flamma;* porque es un justo juicio de Dios, que el que da riendas á su desordenado apetito de comer y beber, padezca tantos tormentos cuantas delicias ha gustado: *quantum in deliciis fuit, tantum date illi tormentum.*

A esto alude el Señor cuando de los gulosos dice: "ay de vosotros los que os habeis hartado, porque padecereis hambre." No querais pues asistir á las mesas de los glotones, ni á los convites en que preside Baco, ú los licores, porque los que así viven, dice S. Pablo, no conseguirán el reino de los cielos. Ellos en efecto despues de hartos y beodos, lleno su corazon de orgullo, se olvidan de Dios, como se explica el santo Job. A esta injuria añaden la de adoptar el language de los impios. "El tiempo de nuestra vida, decian ya por el Sabio, el tiempo de nuestra vida es corto y lleno de tedio... El hombre en su muerte no espera refrigerio. Comamos y bebamos, que mañana nos moriremos." añadian por Isaías.

¿Y no es, os ruego, este el idioma de los gulosos del día? ¿Ah, cuántos discípulos de Epicuro y de Lucrecio usan hoy en sus convites de este

mismo language! Verdaderos imitadores de los israelitas en el desierto, prefieren los ajos y las ollas de carne al pan del cielo. Desterrada de sus mesas aquella sobriedad y templanza que tanto nos recomienda S. Pedro, se entregan las gentes del gran mundo á la gula, á los placeres del gusto; olvidan al Señor, abandonan la modestia, desprecian las leyes del pudor, sin reconocer mas Dios que á su vientre, á quien van dirigidos todos sus homenages. ¿No es este un abandono total de la religion que profesais? ¿Dónde está la ley de sobriedad? ¿Dónde la templanza? ¿Dónde la mortificacion de los sentidos? ¿No podré yo concluir de aquí que la gula es injuriosa á Dios? Ella ademas es perjudicial ó perniciosa al gran cuerpo de la sociedad. Esta ha sido establecida por Dios con cierta proporcion y analogía á la formacion del cuerpo humano. En él ha colocado diferentes

miembros, unos mas, otros menos nobles, destinados á diversos actos y funciones; pero ordenados todos á la subsistencia, conservacion y buen orden de tan singular artefacto.

A este modo ordenó su sabiduría eterna esta sociedad civil, que debe durar hasta la consumacion de los siglos. Colocó en ella pobres y ricos, nobles y plebeyos, débiles y fuertes, sabios é ignorantes, superiores é inferiores. Para que todos estos diferentes miembros contribuyesen á la bella armonía y conservacion del universo, señaló á cada uno sus deberes respectivos, al inferior la subordinacion, al superior la vigilancia y zelo en promover el bien comun; al ignorante la docilidad, al sabio su estudio en comunicar sus luces, y desengañar al que yerra; al fuerte la defensa del flaco; á éste la gratitud y obsequio á su bienhechor; al plebeyo y al pobre la humilla-

cion en sus trabajos, al noble y al poderoso la piedad y la caridad con sus hermanos. Con tan sabia economía hizo que dependiesen unos de otros; y hé aqui la bella armonía que destruye en la sociedad la gula.

Ella en efecto priva á los pobres del socorro y estipendio que les es debido. El evangelio manda á todos los cristianos, principalmente á los ricos, que den de limosna lo que les sobra: *quod superest date eleemosinam*. Esta, señores, no es una obra de supererogacion, sino un precepto riguroso de Jesucristo, cuyo cumplimiento impide de ordinario la gula. El lujo de la mesa; es decir, la abundancia, la diversidad, lo exquisito de los manjares y licores hacen que nada os sobre. Poco he dicho. Hacen que vuestras rentas ó haberes respectivos no alcancen á satisfacer vuestra glotoneria y golosina. Por este

110 SEPTENARIO

medio, en lugar de redimir vuestros pecados con la limosna, como intimaba Daniel á Nabucodonosor, privais al pobre de lo que por derecho natural y divino le pertenece; imitais al rico Epulon, y os disponéis á caer con él en los infiernos: *mortuus est dives, et sepultus est in inferno.*

Por otra parte, vosotros, padres y madres de familia, vosotros sois por disposicion de Dios los tutores natos de vuestros hijos, y de los que su Providencia ha puesto á vuestro cargo. Sois pues obligados á darles una educacion correspondiente á su grado y á su esfera, para que sean buenos cristianos y buenos ciudadanos, útiles á la Iglesia y al estado. Mas vuestra gula echa por tierra esta inviolable ley de la sociedad. Atrasados por este vicio, y á veces reducidos á indigencia, dexais sin carrera, sin oficio, sin destino á vuestros hijos, y á vuestras hijas sin educacion ni

DE DOLORES. 111

colocacion decente, reducidas á aumentar el demasiado número de las infelices, y aquellos el de los vagamundos y holgazanes, para peste de la sociedad.

Agregad á estos males otros muchos que trae consigo la gula en perjuicio del buen orden de la república. El salario del criado, el pago de la deuda al acreedor, al menestral, al artesano, ¿no son actos de justicia que conservan el buen régimen y armonía del estado, la subsistencia de la mayor parte de sus miembros, y el honor de las familias? ¿Y no destruye mas de una vez la gula toda esta bella armonía, esta equidad, esta justicia? Examinad vuestro interior sin indulgencia, y hallaréis muchas pruebas auténticas de esta verdad.

¡Glotones miserables! ¿qué responderéis á Dios en el día de su ira para descargo de tantas injusticias y de las culpas que les son anexas?

¡Justo eres, Señor, y recto tu juicio!
 ¿cómo dexarás impunes unos delitos
 tan enormes, y que trastornan por
 principios el buen orden de la socie-
 dad, que estriba en dar á cada uno
 lo que es suyo? ¡Vicio torpe, vicio
 vergonzoso y deshonorable! ¿á cuán-
 tos no tienes sepultados con el rico
 Epulon en el abismo? Prescindo del
 mal exemplo y de otros muchos pe-
 cados de consecuencia que trae con-
 sigo este vicio capital al comun de
 la república, para decir algo sobre
 los daños irreparables que acarrea
 á cada uno de sus partidarios en
 particular.

3 La gula en primer lugar es
 nociva á la salud del cuerpo, y en
 segundo á la del alma. A la del
 cuerpo, porque el exceso de comer
 y beber, en vez de aumentar, dis-
 minuye sus fuerzas, destruye in-
 sensiblemente el calor natural, en-
 gendra malos humores, que pro-
 ducen graves dolencias, enfermeda-

des complicadas de difícil curación,
 y no rara vez muertes repentinas.
 Una triste experiencia nos ofrece á
 cada paso insultos y apopléticos, hi-
 jos del vicio de la gula.

Hé aquí unos hombres reos de
 suicidio. ¿Qué responderán á Dios
 en esta hipótesi que pueda coho-
 nestar esta gravísima falta de cari-
 dad consigo mismos? Ellos en efecto
 no solo se han quitado la salud del
 cuerpo, sino tambien la del alma por
 su exceso en comida ó bebida. Ade-
 mas, ¿cuántas veces por medio de la
 embriaguez han quebrantado el gra-
 vísimo precepto de conservar su ho-
 nor y su buena fama, exponiéndose á
 la burla y mofa de todos, por haber
 perdido la razon? ¿No es esto gra-
 var mortalmente la conciencia? ¿No
 es injuriar la imágen de Dios en
 vosotros mismos? ¿No es escandali-
 zar al próximo, y dar mal exemplo
 á los párvulos? ¡Cuántos pecados en
 una sola obra!

Tan detestable es, señores, el vicio de la gula, por injurioso á Dios, á quien sus partidarios posponen á su vientre, apostatando á veces de su religion; por perjudicial á la sociedad, cuya bella armonía y orden trastornan por medio de injusticias; por pernicioso en fin á quien lo adopta en grave perjuicio de su cuerpo y de su alma. Huid pues, os ruego, de tan horrible monstruo, adversario nato de Dios, de la república y de vuestro espíritu. No asistais á estos convites, en que reina la gula y la embriaguez, y donde con frecuencia se renuevan las causas de la crucifixión de Jesucristo y de los dolores de su augusta Madre. Sed en fin sóbrios, y vedad, como os intima el Príncipe de los apóstoles, porque vuestro enemigo el diablo da vueltas al rededor de vosotros, buscando á quien devorar. No perdais este tiempo de misericordia, porque nadie sabe el momento ni la hora en

que será citado á los pies del tribunal del Juez de vivos y muertos. Detestad vuestros pecados, moveos á penitencia, dexad las sendas torcidas de la vida mole y regalada, entrad por la puerta estrecha de la mortificacion y crucifixión de vuestra carne y concupiscencias al camino que conduce á Dios, y hallaréis propicia á nuestra Madre dolorosa. Trabajad así con perseverancia baxo tan alta proteccion por vuestra salud espiritual, y conseguiréis la vida eterna, que os deseo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen. DIXE.

DIA VI.º

JESUCRISTO DEPUESTO
DE LA CRUZ.

Et aspicient ad me, quem confixerunt, et plangent cum planctu quasi super Unigenitum, et dolebunt super eum, ut doleri solet in morte primogeniti.

Zachar. XII. 10.

SEÑORES:

A cada instante parecen multiplicarse los dolores que en el corazón de María grabaron los tormentos de su Unigénito, muerto sobre un duro leño por nuestros pecados. Entregado con inhumanidad á una muerte ignominiosa, descoyuntado su cuerpo,

sus pies y manos horadadas, inclinada su cabeza, el costado abierto, y derramando de sus heridas la sangre en abundancia, coronado de agudas y penetrantes espinas, pálido el rostro, y sin especie ni hermosura, muerto en fin el Autor de la vida y Soberano de la naturaleza; hé aqui el triste y lamentable objeto que se presenta en esta hora á los ojos de nuestra fe, y el sagrado depósito que Josef y Nicodemus colocan entre los brazos de María antes de darle sepultura.

¿Qué os parece, señores, de la aflicción de esta tierna y afectuosa Madre á vista de semejante espectáculo, el mayor, el mas trágico de todos los siglos? ¿Cuál seria su llanto, cuán abundantes sus lágrimas sobre el cadáver de este su Unigénito, crucificado por envidia? Sí, ¡horrible monstruo! tú le entregaste en manos de sus enemigos; tú fuiste el principal artífice de esta trágica escena;

tú eres la causa de la ruina de infinito número de almas; tú fuiste, para decirlo de una vez, uno de los mas duros instrumentos que penetraron el corazon de María al pie de la cruz, por el estrago que causaste en su Unigénito, y el que diariamente causas en los hijos adoptivos de sus dolores. Dos breves reflexiones que dividen justamente la materia, y que paso á exponeros con la posible brevedad. Pidamos la bendicion de aquel augusto y soberano Señor Sacramentado.

I. Cuando afirmo que la envidia fue el principal artífice de la trágica escena del Calvario, no debeis mirar esta asercion como una paradoxa, hija de mi entusiasmo. Es una verdad constante, enunciada por los padres, y apoyada en las sagradas escrituras. El Nazianzeno dice, que la envidia es el principio de los males, madre de la muerte, primera puerta del pecado, raíz de los vicios, origen de

los dolores, padre de la calamidad, causa de la inobediencia, clavo que penetra el alma. Cristo, como San Agustin se explica, fue crucificado por envidia, y por tanto el envidioso de su hermano crucifica á Jesucristo. ¿Pero qué mucho? ¿No sabemos por el evangelio, que conoció el mismo Pilatos que los judíos lo habian entregado por envidia? Además ¿qué significan aquellas palabras de los escribas y fariseos, que hablando de Cristo, dicen: ¿qué hacemos? porque este hombre hace muchos prodigios. Es pues innegable que la envidia, que tanto contribuyó á la muerte de Jesucristo, fue uno de los principales artífices de los dolores de su Madre.

Al ver pues muerto al Hijo de sus entrañas, tan desfigurado su adorable cadáver á impulsos de la envidia y de la inhumanidad de aquel pueblo ingrato, y colocado en sus brazos como gusano y no hombre, oprobrio de los hombres, y desprecio

de la plebe, según la expresión de un profeta, me parece la oigo exclamar con David al saber la muerte de Absalon: ¡ó Hijo de mis entrañas! ¡ó si se me hubiera concedido que muriese yo por vos, para no sobrevivir privada de vuestra luz por un momento! Las aguas de esta tribulación han penetrado hasta lo íntimo de mi alma. Mi corazón se ha derretido como una blanda cera; mis fuerzas me han desamparado, porque ha desfallecido mi luz, y ya no está conmigo. Viadores, ¿habeis visto un dolor semejante á mi dolor?

Colocado sobre las rodillas de esta nueva Sunamitis el sagrado cadáver de su Hijo, diria con el profeta Zacarías: ¿qué llagas son estas que tienes en medio de tus manos? tus pies, no ya con grillos como los del antiguo Josef, sino penetrados con unos duros clavos, y tu costado abierto, como el pelí-

cano del desierto. ¿Son estas las delicias que os prometiais entre los hijos de los hombres? ¿Así han pagado estos tus inmensos beneficios? ¡O fiera pésima de la envidia! tú has devorado á mi querido Hijo. La sinagoga, la impia sinagoga su madre, que tantas veces le ha visto curar á sus enfermos, dar vista á los ciegos, sanar los coxos y tullidos, y resucitar los muertos, la sinagoga devorada de envidia, como otro Caín, ha quitado la vida á este inocente Abel.

Mientras inundan su alma compasiva las furiosas olas de esta horrible tempestad, besa María, dice S. Germán, las llagas de pies y manos de su amabilísimo Redentor, las riega con sus lágrimas, adora la llaga del costado, de donde salieron los Sacramentos de la Iglesia para expiación de las culpas del linage humano, y abrazando aquella sagrada cabeza, llena toda de

heridas, y sembrada de penetrantes espinas, la estrecha en su regazo, limpia el divino rostro con sus tocas, y anegada y como fluctuando en un mar de afliccion, me parece la oigo clamar con el Profeta: ¡mi Dios y Protector! mira el rostro de tu Cristo. ¡Padre y Señor Eterno! como la hace hablar San Bernardo, desde tu santuario y habitacion excelsa de los cielos mira el cuerpo que formaste á tu Hijo, convertido por envidia en una vasta llaga. Esta fiera pésima lo ha devorado, en su furor ha pisado su vestido, ha manchado toda su hermosura con la sangre de sus venas: hé aqui, Señor, cinco llagas lamentables que ha dexado en él la crueldad de este monstruo. Es pues constante, señores, que la envidia fue uno de los principales artífices de los dolores de María sobre el monte Calvario, ya se atienda á la muerte cruel é ignominiosa que maquinó y

executó en su adorable Hijo, ya á los funestos efectos que causa en el alma cristiana; es decir, en los hijos de su dolor. Segunda reflexion.

II. La envidia, dice S. Agustín, es una especie de ódio de la agena felicidad. El igual tiene envidia del igual porque lo es; el inferior envidia al superior porque se le aventaja; el superior envidia al inferior porque teme se le iguale. De aqui se infiere que es un vicio trascendental á casi todo el género humano, y como primera puerta del pecado. En efecto, por la envidia del diablo, dice el Sabio, entró la muerte en el mundo, y los que son sus partidarios le imitan. Vicio verdaderamente abominable, que hace al hombre ingrato á Dios, injusto al próximo, y cruel á sí mismo: tres odiosos caracteres, artífices de la muerte de Jesucristo y de los dolores de su Madre. Reflexemos.

1 El hombre solo tiene de suyo

la muerte y el pecado. La vida, los dotes de naturaleza, los talentos, los bienes espirituales y temporales, todo viene de Dios, de quien desciende todo don perfecto. Su sabía é infalible Providencia, por un efecto de su bondad, ha comunicado á cada uno sus dones segun su beneplácito. Nadie pues tiene derecho á redargüirle porque le ha dado menos que á otro. Contentos con lo que se ha dignado darnos por mera liberalidad, exíge de nosotros por título de justicia la gratitud á sus beneficios, sin que jamas nos sea lícito envidiar los que ha comunicado á nuestros hermanos. Esta sería la ingratitude más detestable.

¿Qué teneis, mortales envidiosos, qué teneis que no hayais recibido de Dios? ¿Porqué pues envidiais la felicidad agena, que viene de la misma mano? ¿Qué os debe el Señor? ¿Por ventura el no haberos

confundido ya en el abismo en castigo de vuestros pecados? ¿No me es lícito, dice Jesucristo, hacer mi voluntad? ¿Qué porque yo soy bueno, son malos vuestros ojos? ¿Qué suspirais, ingratos envidiosos, vuestro propio mal, ó el bien ageno? Recibid con accion de gracias lo que Dios se digne daros por un efecto de su bondad, y venerad su divina Providencia, que misericordiosamente os sostiene, sin deberos nada. Humillad pues vuestro corazon, reconoced de buena fe, que por vuestra propia vileza solo sois acredores á la ira de Dios, que si no os ha confundido aún, es porque os espera á penitencia de un crimen que propiamente es diabólico; que envolvió al mundo en su ruina; que maquinó y executó la muerte del Criador; que diariamente la obra en vuestros corazones, y que os hace en fin ingratos á Dios, é injustos á vuestros hermanos.

2 La envidia se comete de dos modos, ó por medio de una injusta tristeza, que abrigamos en el corazón al ver la felicidad de nuestro próximo, cuyo bien miramos como una disminución del nuestro; ó por medio de una pérfida alegría que concebimos al ver el mal espiritual ó temporal acaecido á nuestro hermano. En dos palabras, la envidia consiste en alegrarse del mal, y entristecerse del bien del próximo. Pecado luciferino, como S. Agustín lo llama, opuesto inmediatamente á la caridad, alma y nervio del cristianismo; raíz de todos los males, como se explica S. Cipriano; seminario de los delitos, y origen de toda injusticia. De este manantial infecto dimana el ódio y el orgullo; de aquí toma fomento la avaricia, la ira, la sevicia, la crueldad, la perfidia.

¡Horrible monstruo de la envidia, cuántos lúgubres monumentos

de tu injusticia no has erigido en todos los siglos! Abrid esos libros santos, depósito de las verdades del Eterno, y hallaréis innumerables justos sacrificados ó perseguidos por la envidia, porque sus obras eran justas. Aquí vereis á un Caín, primer homicida, quitando la vida á su hermano Abél, porque las obras de éste eran justas, y malas las de aquel, como S. Juan se explica. Allí vereis á Esaú, que aborrece á su hermano Jacob porque su padre le había dado las bendiciones del cielo y de la tierra. Aquí vereis al patriarca Josef aborrecido de sus hermanos, despojado por ellos de su túnica, arrojado en una cisterna, y vendido por envidia á los ismaelitas. Allí vereis á Daniel arrojado al lago de los leones por la implacable envidia con que lo miraban los sátrapas de Darío. Aquí vereis á David, este príncipe formado según el corazón de Dios,

aborrecido y perseguido de muerte por la inexorable envidia de su suegro Saúl. Allí vereis los sangrientos atentados que la envidia hizo cometer á Joab contra Amasa y Abner, y los que el soberbio Amán preparaba contra el justo Mardoqueo. Aquí...

¿Mas para qué me canso en amontonar tantos funestos trofeos del monstruo de la envidia? ¿Ignorais por ventura, dice un padre de la Iglesia, que la envidia fue el origen de la caída del mundo, y de la muerte de Cristo? ¿Ignorais que en el principio del mundo fue satanás el primero que pereció por envidia, y el que induxo á pecar al primer hombre? ¿Ignorais, para decirlo de una vez, que los príncipes de los sacerdotes, los fariseos y escribas aplicaron por envidia al ignominioso suplicio de cruz al verdadero Mesías?

¿Y pereció, os ruego, este hor-

rible monstruo de la envidia en aquellos primeros siglos del mundo? ¿Terminaron sus injusticias en la muerte de Cristo? ¡Ah! ¿quién de vosotros está libre de sus mortales mordeduras? Raquél envidia á Lia porque no tiene hijos; Lia porque es lagañosa envidia la salud y hermosura de Raquél. Si el cielo llena de sus bendiciones á alguna familia; si á expensas de su trabajo ó de su industria inocente veis florecer una casa; si veis aumentarse los bienes de un hombre piadoso, tal vez por fruto de su moderacion, ó ahorro de lujo y de vanidad; si vuestros hermanos logran reputacion, dignidades, empleos honoríficos; si veis florecer en abundantes cosechas los campos de vuestros vecinos, ¿con qué ojos mirais estos bienes, estas débiles prosperidades? Os doleis (confesadlo de buena fe), murmurais, y os falta poco para acusar á la divina Providencia que les ha con-

cedido estos beneficios , como si los bienes que ellos han recibido fuesen un verdadero mal vuestro. ¡Enfermedad mortal! ¡vicio abominable! que os hace injustos á vuestro próximo, y crueles á vosotros mismos.

3 El envidioso, dice S. Próspero, convierte en propio suplicio el bien ageno....se alegra de los males del próximo, y siente su bien. Por este medio convierten los envidiosos en pecados propios los bienes agenos. Ellos, segun la expresion de S. Isidoro, se dañan primero á sí mismos, y se muerden....La envidia embarga su razon, abrasa su pecho, y como cierta especie de peste devora su corazon. De aqui infiere S. Buenaventura, que como todas las cosas cooperan al bien de los que aman á Dios, asi todo, aun lo bueno, contribuye al suplicio del envidioso. ¡Hombre miserable! cualquiera que seas, exclama S. Cipriano, tú solo procuras ofender al que

aborreces; pero es á ti principalmente á quien dañas: á quien envidias podrá huir, ú ocultarse de ti; ¿mas cómo huirás de ti mismo? Donde quiera que fueres llevas contigo á tu adversario. El enemigo está siempre en tu pecho....ligado con indisolubles cadenas te tiene cautivo la envidia, é incapaz de admitir consuelo.... porque es una calamidad sin remedio aborrecer y envidiar al que es feliz.

Esta cruel enfermedad del ánimo, que convierte al hombre en demonio, segun el Crisóstomo, esta especie de espada con que solicitas herir á tu próximo, es á ti principalmente á quien infiere el daño. ¿Qué mal, sigue este padre, hizo Caín á su hermano Abél? Es verdad que le quitó la vida. Mas por este medio, aunque contra la voluntad del fratricida, ¿no pasó Abél á una vida felicísima, quedando Caín envuelto en la infinidad de males que trae

consigo la desesperacion? ¿Qué daño causó Esaú á Jacob? ¿La envidia de aquel impidió á éste los efectos de la bendicion paterna? Por el contrario Jacob quedó rico y amado de Dios, y Esaú, perdida la herencia, vivió y murió infelizmente. ¿Qué daño causó á Josef la envidia de sus hermanos? ¿No vino al fin á ser dueño de Egipto, al paso que ellos se vieron reducidos á la mayor necesidad y afliccion? Por manera, concluye este padre, que quanto es mayor la envidia contra tu hermano, tantos mas bienes le procuras; pues Dios que ve todas las cosas, patrocina al inocente, y lo exalta, á proporcion que tú procuras oprimirlo. ¿Qué mas? Todo es ocasion de tormento para el envidioso. La ambicion y la avaricia, dice un sabio, no siempre atormentan el corazon que dominan. En intervalos producen cierta especie de consuelo, que aunque faláz, no dexa de dul-

cificar el ánima. Mas la envidia no permite esta suerte de intervalos. Su accion es continua, y á cada instante la incitan é irritan mil cosas. La prosperidad del enemigo ú del rival, la posesion de algun bien, alguna donacion ó herencia, sus alabanzas, el premio de sus servicios, el empleo honorífico &c. ¿no son otros tantos tormentos y crueles verdugos que despedazan el corazon del envidioso? Al idioma secreto de vuestro interior ápele, esclavos miserables de la envidia. ¿No mirais como propio suplicio el bien de otros? ¡Ah, ingratos á Dios, injustos con vuestros hermanos, y crueles con vosotros mismos, os anticipais el infierno en esta vida, viviendo sin caridad, sin quietud y sin consuelo!

Hé aqui, señores, el estado infeliz de la mayor parte de los hombres; hé aqui uno de los agudos dolores que penetraron el corazon

134 SEPTENARIO

de María sobre el monte Calvario; hé aquí, para decirlo de una vez, el vicio capital que atraxo al mundo la ruina del pecado, el origen de todos los males que lo inundan, el artífice principal de la muerte de Jesucristo, y de la condenacion de infinito número de almas, que fueron los dos poderosos motivos de la afliccion de nuestra Madre dolorosa.

Huid pues, hermanos míos, del pestilente y venenoso aliento del horrible monstruo de la envidia. Presida el amor de Dios y la caridad fraterna en vuestros corazones. Contentos con lo que el Señor nos da, bendigamos su mano liberal y benéfica, y adoremos su divina Providencia en lo que ha distribuido á nuestros hermanos, sin ser curiosos investigadores de la magestad, que todo lo dispone en número, peso y medida. Sed, os ruego, fieles á vuestra vocacion, dóciles á

DE DOLORES. 135

la voz de Dios, que os intima la caridad mútua, para que unidos en perfecta sociedad en esta vida, merezcamos la eterna de los santos. Amen. DIXE.



DIA VII.º

EL SEPULCRO.

*Et accepto corpore, Joseph involvit
illud in sindone munda, et posuit
illud in monumento suo novo.*

Matth. XXVII.

Tomando Josef el cuerpo, le envolvió en una sábana limpia, y lo puso en un sepulcro suyo nuevo.

SEÑORES:

Llegó el momento de dar sepultura al sagrado cuerpo de Jesucristo, víctima de nuestros pecados; momento el mas terrible para el corazón de María, ya se considere la separación de aquel precioso fruto de sus

purísimas entrañas, que le arrancaban de entre sus brazos; ya la ruina de tantos hijos de su dolor, esclavos miserables del espíritu de avaricia, en quienes preveía perdido el precio infinito de la redención. Objetos tan amargos, espada tan penetrante para el tierno amor de esta Madre, que deshecho su corazón en lágrimas, me parece la oigo decir con Jeremías en sus trenos: por tanto lloro, y mis ojos vierten lágrimas, porque mi consolador se ha retirado mucho, y mis hijos andan perdidos, por haber prevalecido el enemigo. Examinemos de cerca estos dos poderosos motivos del lamento de María nuestra Madre, para nuestra edificación y corrección. Consideremos en primer lugar el dolor de esta Señora, reducida á la mas triste soledad por la ausencia de su Hijo; y en segundo la aflicción con que mira los estragos que causará en las almas el horrible monstruo de la avaricia: dos breves reflexiones, diri-

gidas á excitaros á piedad y á penitencia. Pidamos las luces necesarias, postrándonos con sumision y confianza ante aquel agosto y soberano Señor Sacramentado.

1 Todo lo que estaba escrito del Unigénito de Dios hecho carne debia, señores, verificarse á la letra. Los profetas le habian visto padeciendo trabajos desde su cuna hasta el suplicio. A cada paso nos lo representan perseguido, hecho un varon de dolores, injuriado, preso, maltratado, azotado, reputado entre inicuos, y condenado á muerte ignominiosa. María, su verdadera Madre, testigo fiel y compañera inseparable de sus penas, habia visto la execucion de todos estos vaticinios, y la consumacion de todos ellos sobre el monte Calvario. Asi lo pedia la justicia del Padre para reconciliarse con el hombre. Mas este Dios Hombre, muerto por redimirnos del pecado, debia ser sepultado, y glorioso su sepulcro,

segun la expresion de un profeta. El tierno objeto de este artículo fundamental, que exercita ahora nuestra fe, sirvió en el momento de que habla el evangelio en las palabras de mi tema de una penetrante espada, y acaso la mas aguda para el corazon de María. Reflexemos.

Josef, noble decurion, natural de Arimatéa, habia pedido y obtenido de Pilatos que se le entregase el cuerpo de Jesucristo para darle sepultura: Nicodemus, príncipe de los judíos, y discípulo oculto del Señor, le ayudó á deponerlo de la cruz, y á depositarlo entre los brazos de su Madre antes de llevarlo al sepulcro. ¿Qué os parece, señores, del dolor de María en tales circunstancias? "Depuesto de la cruz, dice esta gran Madre (si hemos de dar fe á las revelaciones de santa Brígida), depuesto de la cruz le recibí en mis rodillas á manera de un leproso, todo cárdeno, y sus ojos muertos y

140 SEPTENARIO

llenos de sangre: la boca fria como la nieve; la barba como un rastrillo, y el rostro contraido; las manos tan rígidas, que apenas alcanzaban al estómago. Servíame de algun consuelo tenerle entre mis brazos, abrigarle en mi seno, exáminar y limpiar sus llagas."

Mas cuando llegó el momento de arrancarle de entre sus brazos para colocarlo en el sepulcro, me parece la veo luchar como á Jacob con el ángel, y que deshecho su corazon en un mar de lágrimas, dice como aquel patriarca: no te soltaré si no me das la bendicion; ó con la esposa de los cánticos: ya le poseo y no le dexaré. Tan tiernamente lloraba, dice S. Bernardo, tan amargo era su dolor, que con su mismo llanto provocaba á lágrimas á cuantos la miraban. ¿Quién podrá contener las suyas al considerarla en semejante conflicto? Por lo que á mí hace; dulcísima Madre mia! lloraré mientras viva vuestros acerbos

DE DOLORES. 141

dolores, ó por decirlo mejor, la causa primaria de ellos, que fueron mis pecados. ¡Ah! séame, señores, lícito exclamation con Jeremías: ¿quién dará agua á mi cabeza, y á mis ojos una fuente de lágrimas para llorar de dia y noche á mi dulce Salvador?

Pero el sábado se acerca, y el cuerpo debe colocarse en el sepulcro. Embalsamado pues segun el uso de los judíos, y envuelto en una sábana limpia, fue conducido el sagrado depósito á un monumento nuevo que Josef habia hecho abrir en una peña, y donde nadie aún se habia enterrado. Aqui fue colocado el sagrado cadáver, y á la puerta del sepulcro pusieron una piedra grande, que sellaron despues los fariseos, temiendo le robasen los discípulos. ¡Piedra grave! tú oprimiste el corazon de María con un peso inexplicable.

Esta Madre que ha acompañado el féretro de su Hijo con mas afliccion que la viuda de Naín, y mas descon-

solada que la Sunamitis de Eliseo, queda en la mayor desolacion, sin haber quien la diga, como á aquellas, no lloreis. ¡O Hijo de mis entrañas! pudo decir: ¿son estas las delicias que buscabas entre los hijos de los hombres? Ingratos, ¿qué mal os hizo mi amado? ¿Por ventura haber curado vuestros enfermos, dando vista á los ciegos, oído á los sordos, sanidad á los leprosos, vida á los muertos? ¿Pagais así sus beneficios? ¡Ah! su sepulcro será bien presto glorioso; bien presto este Hombre Dios resucitará por su propia virtud; bien presto subirá triunfante de todos sus enemigos al seno de su Padre celestial. Mas vosotros, esclavos de la avaricia y de las mas vergonzosas pasiones, vosotros rehusais participar del infinito precio de la sangre de Jesucristo derramada por vuestra salud, abusais de sus gracias, menospreciáis sus auxilios, y descarriados como ovejas perdidas, vais á ser víctimas del lobo

infernál: *fili mei perdití sunt, quoniam invaluit inimicus.* Hé aquí, señores, el segundo y mas urgente motivo de dolor que aflige á María en su soledad. Yo os lo haré ver con la posible brevedad. Seguidme atentos.

2 Nadie duda, señores, que la causa de la pasión, muerte y sepultura de Jesucristo fueron los pecados del género humano, que quiso redimir á costa de su sangre. Esta es una verdad fundamental de nuestra religion. Si la muerte pues y sepultura de un tal Hijo fue la causa de los dolores de María, ¿cómo podia prescindir de la causa primaria de esta trágica escena, que fueron nuestros crímenes? ¿Cómo podrian ocultarse á su espíritu de prevision los que cometerian los hombres en la sucesion de los siglos, renovando de su parte la crucifixion de Jesucristo, conforme á la sentencia del Apóstol? ¿Cómo podria mirar sin amargura de corazon tantos hijos de su do-

lor, que perderian el fruto de esta redencion, abandonándose á sus pasiones? Yo he tenido ya ocasion de haceros ver las muchas almas que se pierden arrastradas de la soberbia, la ira, la envidia, la gula, la luxuria, la pereza, vicios capitales y origen de otros muchos; pero nada os he dicho acerca de la avaricia, vicio el mas abominable á los ojos de Dios, el mas pernicioso á la república, y el mas comun en ella. Reflexemos.

I Si el hombre se hace abominable á los ojos de Dios con respecto á la gravedad de sus crímenes, segun los principios de nuestra moral, es preciso confesar que ninguno le es mas odioso que el avaro. Él en efecto es el hombre mas inicuo y malvado, segun el Eclesiástico. Su corazon está entre sus riquezas, dice Jesucristo. De ellas forma una especie de ídolo, á quien transfere el homenaje debido á su Criador, y viene á

ser por este medio esclavo de la idolatría, como se explica el Apóstol; "porque asi como el ídólatra sirve á su simulacro, dice un gran pontífice, igualmente el avaro sirve á su tesoro. Aquel se muestra solícito en extender el culto de su ídolo, y éste en aumentar el cúmulo de sus riquezas. Aquel pone toda su solitud en el culto de su simulacro, y éste en la custodia de su oro. Aquel tiene toda su esperanza en el ídolo, y éste la coloca en su tesoro. Aquel teme se quiebre ó maltrate su simulacro, y éste que se pierdan ó disminuyan sus riquezas."

Es verdad que el avariento no mira como un dios á sus riquezas. Mas qué os importa, insensatos, decía Tertuliano á ciertos falsos cristianos, qué os importa mirar con exécracion el oro y plata convertidos en dios, si adorais en vuestro corazon estos metales como á un dios? Os admirais que los infieles tengan

simulacros de oro y plata, y que los veneren como á dioses, y no os avergonzais de erigir en vuestro corazon un templo á la avaricia? Los ídolos de los gentiles son simulacros muertos; pero los que habeis erigido al oro y á la plata en vuestro corazon, son vivos, y en esto difieren de aquellos. Esta especie de apostasía del verdadero Dios para entregarse á la servidumbre de la avaricia, no es crimen inferior al de Ananias y Safira.

Poco he dicho. Todos los avarientos, dice S. Juan Crisóstomo, adolecen de la gravísima enfermedad de Judas, y deben temer con razon ser envueltos en su misma ruina. ¿Mas á qué fin las ilaciones? ¿No dice expresamente S. Pablo que los avarientos no obtendrán el reyno del cielo? ¿Dónde estan, pregunta Baruch, dónde estan los que juntan la plata y el oro en que los hombres confían? Descendieron al infierno, y sucedieron otros en su lugar. ¿Insensatos! vues-

tra avaricia os hace abominables á los ojos de Dios, cuyo honor habeis transferido al oro; odiosos á la república, por los gravísimos perjuicios que le causais.

2 Como el agua extingue al fuego, así la avaricia destruye la justicia y la caridad, que son las dos bases principales en que estriba la subsistencia y buen orden de la república. La avaricia en efecto trae anexas la dureza de corazon, la violencia, el dolo, el perjuicio, la perfidia, la crueldad; y para decirlo de una vez, ella es la raíz de todos los males, como se explica S. Pablo, y el origen de las injusticias, segun el Real Profeta. ¿De dónde estos monopolios y estancamiento de géneros y efectos con que el pueblo es tiranizado? Del espíritu de avaricia. ¿De dónde estas usuras, ya manifiestas, ya paliadas, que baxo diversos y vanos pretextos, á manera de sanguijuelas insaciables, van chupando la substan-

cia de la república? Del espíritu de avaricia. ¿De dónde los robos, las simonías, la violacion de la justicia, la impunidad de muchos delitos? Del espíritu de avaricia. ¿De dónde el trastorno de los derechos mas sagrados y de la justicia distributiva? De la sed insaciable de oro. ¿De dónde los coechos, los litigios injustos, los ardides é intrigas para obscurecer la verdad en los juicios? De la sed insaciable de oro. ¿De dónde el despojo del pobre, del huérfano, de la viuda, y aun de los mismos difuntos? De la sed ó deseo insaciable de ocupar sus bienes. ¡Avaros miserables! La sangre de estos infelices clamará siempre contra vosotros, que animados del espíritu de avaricia, habeis violado la justicia, y abandonado la caridad.

Esta virtud príncipe, alma y nervio del cristianismo, es por su carácter benigna y misericordiosa; es benéfica, y no busca solo su comodidad:

lo que para sí ama, lo quiere tambien para el próximo. De estas preciosas calidades está despojado el avariento. Ocupado únicamente en atesorar, no oye el lamento del pobre, no ve su desnudez, ni atiende á su indigencia. Por mas que Jesucristo le diga: *lo que te sobra dalo de limosna; si fueres misericordioso, yo tendré misericordia de ti; en la medida que midieres has de ser medido; lo que hicieres por estos pequeñuelos, por mí lo haces; sé pobre de espíritu si quieres ser bienaventurado; ¿qué te aprovechará el logro de todo el mundo, si tu alma se pierde?* Por mas que se inculquen á un avariento estos y semejantes oráculos, no los oye. Adherido á los bienes terrenos, jamas piensa en los celestiales. Con la mayor indiferencia ve perecer á su hermano desnudo, hambriento, enfermo, encarcelado. La hambre insaciable que padece por acumular riquezas, le hace seme-

jante al infierno, dice S. Agustin; pues al modo que el infierno cuanto mas devora, tanto mas desea y apetece, asi el avariento jamas se sacia; y á manera de un hidrópico, que mientras mas bebe, mas ardor siente por agua; el corazon del avaro, segun el Crisóstomo, es un horno encendido que jamas se apaga, y cada vez arde mas en el deseo de riquezas. Hablar pues á estas gentes de limosnas y de caridad, es disertar sobre colores con un ciego. Sus entrañas mas duras que la piedra del desierto, hay muy poca esperanza que arrojen aguas de penitencia.

“¡Ay de vosotros, ricos (avarientos)! decia el apóstel Santiago, llorad con lamentos en medio de las miserias que os sobrevendrán. Vuestras riquezas estan ya podridas, y vuestros vestidos comidos de polillas. Vuestro oro y plata está llena de herrumbre, y su oruga, que os servirá de testimonio, devorará vuestras carnes

como un fuego. Vosotros habeis atesorado la ira para los dias novísimos. El jornal de los trabajadores que segaron vuestras mieses, defraudado por vosotros, clama, y su clamor ha penetrado los oidos del Señor de Sabaoth. Comisteis sobre la tierra, y engrasásteis vuestro corazon en luxurias para el dia de la matanza. ¡Ay de los que anhelaís por riquezas! Vosotros no percibireis el fruto de ellas.” El lamento del pobre, á quien habeis robado, la voz de la sangre de la república, en que estan teñidas vuestras manos, ha resonado ante el trono de Dios, que os ha excluido de su reyno.

3 Con tan negros colores he pintado, señores, la avaricia, que ninguno acaso se creerá reo de ella. Pero la lástima inconsolable es, que es el vicio mas comun de la república. Desde el menor hasta el mayor estudian todos en la avaricia, decia ya en su tiempo Jeremías. Todos, añade Isaiás, de-

clinaron de la senda; cada cual á la avaricia desde el primero hasta el último. Oxalá que tan abominable vicio no hubiese transmigrado á nuestros dias, para no ver tantas abominaciones en el pueblo cristiano. Esta llaga incurable, este fuego inextinguible, este enemigo comun, como le llama el Crisóstomo, exerce una tiranía universal sobre toda la tierra. A ninguno de los estados reserva, penetrando á veces hasta en el mismo santuario. El rico anhela por mas riquezas, devorado siempre por una insaciable sed de oro; el pobre no contento con su suerte, no solo desea ser rico, sino que mira con tédio, con aversion, con envidia á todo el que posee bienes, de que él carece. Por manera que todos vienen á ser ricos avarientos, unos en la realidad, y otros en el afecto y deseo. Y en esta hipótesis ¿cuáles son, ó dónde estan los pobres de espíritu, á quienes está prometido el reyno de los cielos?

¿Pero qué digo? Al avariento no menos hace falta lo que posee, que lo que no tiene, como se explica S. Ambrosio. Es verdad que se desvela por acumular grandes tesoros; mas al fin se halla tan pobre como si nada poseyera: no porque le falten bienes, sino porque su avaricia inflama tanto su corazon en el deseo de tener mas, que siempre juzga estar pobre.

Por otra parte; ¿sabeis por ventura para quién acumulais vuestras riquezas? ¿Sabeis si esta noche misma os pedirán el alma como al rico del evangelio? ¿Ignorais que dormireis vuestro sueño; es decir, que llegará; ó ricos! vuestra muerte, y nada de vuestras riquezas hallaréis en vuestras manos, ni descenderá al sepulcro vuestra gloria, como David se explica?

Formad, os ruego, una idea justa de la religion que profesais: consultad las máximas del evangelio y de la moral de Jesucristo, y hallaréis

que la avaricia fue uno de los principales artífices de la pasión, muerte y sepultura de vuestro Salvador; hallaréis que fue una de las mas penetrantes espadas que traspasaron el corazón de María sobre el monte Calvario; hallaréis que es uno de los vicios que mas almas arrastran al infierno; el mas abominable á los ojos de Dios, por ser una especie de idolatría; el mas perjudicial á la república, porque trastorna en ella la justicia, y extingue la caridad; el mas comun en fin en el pueblo cristiano, porque apenas hay quien no sea esclavo de la avaricia.

Contentaos pues todos con vuestra suerte, y sed respectivamente justos y caritativos con vuestros hermanos, pobres de espíritu, y fieles dispensadores de los misterios de Dios. Así estaréis libres de la venenosa mordedura del horrible monstruo de la envidia, cuyo gefe da continuas vueltas al rededor de vosotros para devora-

ros, como nos amonesta S. Pedro. Acogeos pues en tiempo baxo la augusta protección de nuestra Madre dolorosa, que solo desea vuestra conversión y salud eterna. Llegad á sus pies llenos de confianza de hijos, pero con espíritu de compuncion y de dolor. Invocadla en todas vuestras necesidades y tribulaciones. Ella os alcanzará auxilios del Señor de las misericordias. Aprovechadlos; y seguid la luz antes que os comprehendan las tinieblas. Sed fieles á la gracia y dóciles á los mandatos de Dios, cuyo adorable Nombre sea exáltado en los cielos y en la tierra. Amen. DIXE.

O. S. C. S. R. E.

*M. Fr. Sebastian Sanchez
Sobrino.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CAPILLA ALFONSO DE BURGOS UNIVERSITARIA

Rd/667 MICROFILMADO 18/5/83



DE NUEV
BIBLIOTECA